LOS IDENTIFICADOS

-casuística ovni con ocupantes en Argentina-

VIII



Eugenio Douglas, caso Monte Maíz, Cba., 11 oct 1963

DR. ROBERTO BANCHS

MONTE MAÍZ, Cba.: LA VISION FANTASMAGÓRICA DE E. DOUGLAS

Eran horas de la madrugada del viernes 11 de octubre de 1963. Caía una continua llovizna, mientras los pobladores de Monte Maíz, en el Departamento Unión, al sudeste de la provincia de Córdoba, se hallaban al abrigo de sus casas, agradecidos de la benefactora llovizna que mejoraría el sembrado cerealero.

Sin embargo, en una de las fincas existentes en el extremo este del pueblo, se llevaba a cabo el velatorio del vecino Rivas. De repente las luces de las velas y de la casa, comenzaron a cambiar de color. Las amarillentas luces de la capilla se pusieron rojo-violáceas y luego una coloración verde, a la vez que se producía una especie de gas, por lo cual algunos de los presentes salieron a la calle. Fue entonces que vieron otro extraño suceso. Se trataba de un hombre, con las facciones demudadas por el terror, que corría desesperado, con la cara tapada por una manta y con un revólver en su diestra. El sujeto, jadeante y con entrecortadas voces, demandaba auxilio.

Manifestó que lo "perseguían seres de otros mundos", que lo habían interceptado desde un plato volador. Ese hombre era Eugenio Douglas, de 48 años, vecino de Venado Tuerto, provincia de Santa Fe. Quienes lo escucharon, no se mostraron muy inclinados a confiar en lo que decía. Para peor, el revólver que llevaba inspiraba aún más desconfianza, pero nadie se atrevió a ponerlo en duda. Quizá por ello alguien sugirió que debía trasladarse hasta la policía y la idea fue aceptada. Minutos después Douglas estaba en el pequeño local que ocupa la subcomisaría de Monte Maíz. Allí pudieron observar que el sujeto presentaba algunas lesiones en el rostro y un singular estado de excitación nerviosa, prueba de que algo inusual le había ocurrido. Además, los asistentes al velatorio irían a confirmar horas después los dichos de Douglas, cuando éste acotó que la lamparita del alumbrado público hacia la cual corrió como un faro salvador, se tornó violeta, luego verde.

A vista de lo ocurrido, se dispuso solicitar la pericia del médico policial Francisco G. Dávolos, quien por la mañana practicó un examen ocular al ocasional testigo, señalando que presentaba "raras lesiones producidas por elementos no determinados".

Durante el interrogatorio, Eugenio Douglas comenzó diciendo que desde hacía tiempo se dedicaba a trasportar mercaderías. En esa oportunidad, venía de la provincia de Santiago del Estero con una carga de carbón. Decidió tomar por la ruta provincial 11, marchando lentamente, pues el tiempo se encontraba lluvioso y a fin de evitar accidentes, ya que el barro del camino se hallaba muy resbaladizo, jabonozo. Había traspuesto Monte Maíz y continuó su marcha hacia la próxima población distante a unos 19 kilómetros, Isla Verde. Estando cerca, atisbó una pequeña luz roja, en el camino. Casi delante de ella, produjo como un flash. Douglas se sobresaltó, largando el volante. El camión se precipitó hacia la banquina y cayó en un zonjón. Cuando reaccionó intentó vanamente ponerlo en marcha y encender las luces. Munido de un revólver y una manta, bajó del viejo camión Ford, notando -para sorpresa- que la luz del presunto vehículo ya no estaba y que el guardabarros y eje de la rueda se encontraban dañados.

En esos momentos, mirando hacia las vías del ferrocarril, advierte a medio centenar de metros algo que parecía un auto blanco, con dos faros delanteros, del que salen por el frente dos individuos caminando por el camino, paralelo a la ruta y al ferrocarril.

De pronto se apaga la luz y no los ve más. Su aspecto era normal, con una chaquetilla y, al parecer, botas. Pero Douglas queda intrigado por el súbito oscurecimiento, pensando que habrían pasado una tranquera que estaba allí, hacia un monte donde había notado unos 'refucilos'.

El camionero decide ir para allá cuando ve venir hacia él, lentamente, un fino haz de luz, un 'rayito', mientras percibe un zumbido. Se horroriza. Aún permanecía junto a su camión, con el pie apoyado en el paragolpes y un cigarrillo en la mano. No advierte el momento ni lugar de dónde provenía el filete luminoso, recién se da cuenta cuando lo ve cruzar iluminando un alambrado de púa del campo, a unos 2 metros de él. De pronto, siente como un flechazo en el rostro, en el pómulo izquierdo, y al momento, otro 'pinchazo' más fuerte, que le causa dolor. No veía nadie detrás de esa luz.

Douglas salió dando vueltas hacia atrás. Y esa luz lo seguía. Dio vueltas al camión, mientras le hablaba amenazante. Empuñó el arma sin sacarla de la cintura, caminó unos metros, hasta que resolvió dispararle. Al hacerlo, notó que en algo había dado, haciendo un 'chisperío', como si rebotara.

Entonces la ignota fuente del fino haz de luz pareció retraerse unos metros, se encendió una luz grande y salió como "un auto chiquito" con dos luces grandes. Le disparó nuevamente, y el objeto partió velozmente alumbrando hacia arriba. Aún con miedo, Eugenio Douglas decidió cruzar el alambrado para ver dónde había estado el aparato, de dónde procedía la luz. Ahí empezó una nueva odisea.

Vio a unos 'tipos' al lado suyo, tres o cuatro. Parecían como espejos con una luz que no alumbraba, sino que la reflejaban. A diferencia de los anteriores, éstos tenían algo así como un triángulo en la mano (o cabeza).

Desconcertado, decidió emprender la fuga, en idas y venidas. Llevándose por delante un alambrado de púa, se metió en pastizales, un potrero, se dirigió finalmente hacia Monte Maíz. Durante horas Douglas estuvo andando a campo traviesa, recordando haberse metido en un sembardío de cebada y dos maizales.

Afirma que, a pesar, "eso" lo seguía, se le arrimaba de algún lado. Douglas le hablaba, pero sin que le dispensara atención a sus ruegos y amenazas.

La luz lo encandilaba, cegaba. Douglas se cubría con su manta, pero siente un ardor en el cuerpo, como si aquella primera luz -dice- lo hubiese quemado. Envuelto con esa manta, andaba así, agazapado.

Afirma que después de mucho andar, llegando a Monte Maíz, ve encenderse -nuevamente- una luz roja, delante de él, y un 'coso' cuadrado. Nota una 'cosa', como un vestido de mujer a cuadros negros y blancos, y abajo de la luz los ocupantes. Hacía rato que andaba con esos 'tipos' a su lado. Sin embargo, cuando por fin arriba al pueblo, la luz desapareció, percibiendo un ruido similar al de un motor diesel.

Pero tras apagarse esa luz, se encendió otra todavía más intensa, que iluminó para arriba. Eugenio Douglas dice haber visto entonces "una nave grandísima", como un zepelín, "como una bordelosa grande", color madera. Finalmente, se fue.

En un paso a nivel, se topa con el automóvil de la familia Manocchio, quienes ven al testigo apuntando con el revólver, desesperado, dando vueltas como un autómata, envuelto con una manta. Continuó su deambular, siempre con el acoso de los seres. De ahí habría ingresado al cementerio, desde donde alcanzó a ver las luces del pueblo y, sin explicarse cómo, a través del llamado 'camino bajo' ingresa al pueblo, donde advierte que sus luces oscilaban, topándose con la gente que asistía al velatorio de Rivas.

Hasta aquí, una breve reconstrucción del episodio que rodeó la experiencia de Eugenio Douglas, que realizamos sobre la base de todos los testimonios recogidos. La misma permitirá dar ilación a las calidoscópicas vicisitudes narradas por el testigo, conforme al relato vivo que se incluye más adelante.

LA INVESTIGACIÓN

El caso de Eugenio Douglas adquirió en la década del sesenta enorme notoriedad. Los motivos se encuentran, quizá, en el espectacular relato que tuvo eco en todos los medios periodísticos, la intervención de la policía, de un médico avalando las lesiones, otros testigos que lo respaldaron de algún modo, los supuestos efectos eléctricos, y hasta la presunción de haber hallado extrañas huellas atribuidas a los ocupantes.

Esto dio el marco para que, con los años, se tejieran diversas historias. Una de e-

llas indicó en 1978 que Eugenio Douglas "había fallecido recientemente"(1), con la ulterior añadidura de que había muerto de leucemia(2), producida por los rayos lanzados desde el ovni. Estas versiones llegaron, incluso, a Monte Maíz y hasta el mismo médico y los miembros de la familia Manocchio, estaban creídos de su muerte ocasionada presuntamente por las lesivas irradiaciones de los objetos, según la clamorosa explicación de los "especialistas" en ovnis.

Sin embargo, fue recién en 1986 que nos llegó un vago comentario indicando que el testigo "muerto prematuramente" aún vivía, en las afueras de su ciudad natal, Venado Tuerto, provincia de Santa Fe. En su antigua casa de la esquina de Chile y Los Andes, donde residía junto a su esposa y sus dos hijos de corta edad, nadie había para darnos su paradero. Luego supimos que se mudó en varias ocasiones, pero que era posible ubicarlo en las inmediaciones, al este, de la ciudad. Fue así que llegamos a una humilde vivienda, con un discreto negocio de almacén y despacho de bebidas al frente, siendo atendidos por su dueño: Eugenio "Chicharra" Douglas.

Ahora vive solo, está separado, aunque se lo encuentra habitualmente rodeado de gran número de vecinos de apariencia silenciosa y casi intimidatoria. Se lo reconoce como un líder, con su propio código de ley. Al mostrarle la versión impresa que señala que había muerto y que tenía "antecedentes de cuchillero y (de) sus peleas agresivas con otros ciudadanos", reacciona con vehemencia, y exalta la generosidad y excelente relación que tiene con sus vecinos y niños del barrio, aunque -sin empacho alguno ni exhibicionismo-, nos habla de sus entreveros y habilidades con el cuchillo y el revólver, a la vez de comentarnos los accidentes que sufrió en su propia humanidad con estas armas. Y también, en remarcar: "¡Yo soy un hombre que nunca tuvo miedo!", pero reconocer el temor que lo embargó aquel 11/12 de octubre de 1963.

Efectivamente, Eugenio Douglas vive y goza de buena salud. Nació el 15 de octubre de 1914 y a pocos días de cumplir 72 años, da muestra de una fortaleza admirable.

EL RELATO DE EUGENIO DOUGLAS: "Había salido de Ojo de Agua, en Santiago del Estero, con un tal Leoncio Escobero, ya fallecido, un santiagueño que había ido conmigo, y lo dejé por Chazón -un pueblo que está en la ruta 4, entre La Carlota y Villa María-, ahí lo bajé para que tome el ómnibus para su casa. De allí doblé por la ruta 11, para Isla Verde, hacia W. Escalante. Antes de llegar a Escalante me bañé en un monte; no se cómo será la bañada que me hice, pero... ahí seguí para Escalante. En ese tiempo esta medio en amores y había una muchacha ahí que había quedado. A la ida pasé y quedé en volver al mes para la Fiesta de la Margarita. Y bueno, me bañé y fui para donde estaba ella, con quien estuve, pero después no pude encontrar cama en el hotel para quedarme, y seguí viaje.

"No pude vender el carbón que trasportaba, lo ofrecí en una cooperativa de Escalante, pero no me lo quisieron comprar. Lo quería vender barato para descargar el camión; entonces decidí ir a saludar a un amigo en Cavanagh, en la ruta 12, que tenía negocio, así voy a descargar, ya que tenía galpón, se lo regalo para no tirarlo en la calle. Pero yo quería volver por la fiesta al otro día. Dormía en su casa, que ya conocía, y me voy al otro día, para atrás, a la fiesta. Me quedaba poco dinero, unos $ 10.000.

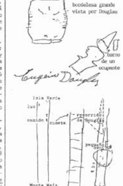
"Y bueno. Me salí medio de noche. Eran las 20,20 horas más o menos. Ya había pasado Monte Maíz, mucho ya, como tres leguas (n: 12,24 km) aproximadamente. Estaba cerca de Isla Verde transitando por la ruta provincial 11, por entonces un camino de tierra.

De pronto, vi una luz colorada, adelante. Delante mío, pero la vi como un auto estacionado. Yo venía en segunda marcha. El camino estaba vadoso, y seguía lloviznando; estaba pesado el camión, cargado. Un poquito antes de llegar hasta la luz, hizo como un flash de la misma coloración roja, hizo como una máquina de fotografiar. No sé que me dio a mí, me arrollé, yo eso me acuerdo. Y he largado el volante y sentía que me iba a un precipicio hondo, así. Que me iba a un precipicio hondo, pero no sé el tiempo que duró éso. No sé si duró un segundo, un minuto, diez segundos, no sé. Como quien me iba a suceder. Parece que me iba a un precipicio hondo, así. Pero me desperté, justo sentí, no sé si... e-e-eso es, si fue justo cuando he largado el volante, y me

estrellé contra el borde de la coste de la vía. El camino es hondo. Claro, ahí entra el camión solo. No sé si habrá andado 10, 5 o 20 metros, parecía que se me iba el camión lejos para allá y no sé cuándo ha durado, un segundo, dos o diez, o qué se yo. Fue esa luz colorada la que me jodió, recuerdo que me arrollé bien, así. Me arrollé las piernas, y todo. Yo largué todo.

"Me desperté y vi que el camión estaba ahí. Entonces accioné la llave de contacto, nada; las luces apagadas. Toqué la llave de la luz, y no prendía. Toqué en el asiento, porque llevaba allí el revólver, un 38 corto. Tengo el arma ahí, una manta, y bajé del camión, un Ford 1936 de mi propiedad. Pero lo primero que hice fue tomar el revólver para bajarme, más después de lo que me había pasado, y la luz que vi. Y observé que la luz no estaba más, que yo quería ver. Bajé para ver si estaba el auto o no, y lo que había ocurrido.

"El guardabarro del camión metido hacia adentro, el eje de la rueda torcido, no había luz, y ¡buá!. Me puse en cuclillas, miré, calculaba que el auto estaría cerquita mío. Pero no había autos, no había, '¡qué pasa acá!', digo. Bueno, entonces me quedo medio pensando, sin saber qué actitud tomar en el momento. Había un faconcito en un cajón de arriba en el camión, junto a una ropa, que saco y también un cigarrillo que enciendo. Me ubico con el pie en el paragolpes delantero, porque el eje estaba torcido, en la cuneta lo había roto.



Croquis del sector del accidente y primera aparición, según gráfico de Douglas

"Estaba así cuando me dá por mirar para el lado de las vías, veo que viene una luz, un auto, parecía un auto; como dos faroles, una luz, por la costa de la vía, pero del otro lado. Venía de Isla Verde, y yo digo: 'lo voy a parar'. Pero vi iluminado para allá, a unos 300 metros, y digo que no puede haber tantas luces como autos. ¿No será que habrá una 'pipa' (n: de pipa de vino), alguna timba y estos tipos vienen a timber?. Pero ésto más bien lo digo después de que el auto blanco, así como de la pompa fúnebre, se acercó hasta detenerse. Veo que adelante tiene una puerta, por la que salen dos tipos que van delante de la luz, caminando ligero.

"Veo que después de apagar las luces, salen antes de apagarse, salen dos, paran el auto, y salen dos tipos que veo que van dos tipos caminando así -nos describe Douglas, algo turbado-, así van, por el medio de la calle delante del auto. En dirección oeste. Me pongo a observarlos y apagan las luces, y ya no los vi más. Los dos faros eran como un auto, igual que un auto. Pero su luz era medio azulada, pero fuerte. No iluminaba al lado mío, sino a la calle por donde iba. Este auto venía de Isla Verde a Monte Maíz.

"Yo los vi a 60 o 50 metros, detrás de las vías del ferrocarril. Los dos tipos parecía que llevaban esas chaquetillas de la policía, tanto que yo creí que eran de la policía caminera, primero. Parece que iban de botas, y digo:'¿no andarán camioneros que andan robando, y anda la policía?, ¡y a mí me pasa este accidente!'. Iba a pegarle un chiflido, y si es la policía, después voy a tener problemas, todavía. Porque esa calle era todavía perdida. Entonces no dije nada. Repentinamente, se apaga la luz y no los veo más a los tipos. Y miraba, y me digo si habrán entrado en esa tranquera al oscuro.

Había una luz allá, en el montecito, en los refucilos. Era una luz como de lámpara a kerosene. Este monte según pude comprobar al otro día, eran unos árboles solos.

"Esos tipos que vi eran normales, como nosotros. Sus movimientos eran también normales, aunque las manos las movían ligero, como cuando uno va al ejército; yo los veía por las luces del auto. Este tenía dos ventanitas, tal vez tres, que tenían luces también. Adelante tenía forma de automóvil, pero arriba era redondo. El porte era un poco más alargado, pero arriba redondo. Por eso no era muy grande: era semejante a un auto de fune..., como un auto de éstos... un Dodge, un Farlaine, de ésos.

"Una vez que esa luz se apagó, quisé cruzar para allá, porque había una lucesita en el monte. En eso que digo 'voy para allá', veo que viene una luz, chiquita, mientras sentía un quejidito que hacía de la trastumba (ultratumba). Y yo quedé medio horrorizado por el quejidito, digamos. Veía que venía y que alumbra un alambrado de púa, al cruzar, ¡y yo estaba ahí al lado, en la cuneta, con el pie todavía en el guardabarro del camión!. Noté que se me venía. Por ahí sentí que me pegó un flechazo en el rostro -señalando en su rostro, el pómulo y sien izquierda-. Y al rato, otro con un pinchazo bárbaro me pegó, me hacía doler. Me clavó 2, 3 o quizá 4 veces allí.

"Desde que se apagó la luz del auto primero, después que vi aquella luz roja y cuando vino el auto, en el que iban los dos, empecé a sentir una especie de **'murmullo'**, pero yo no sabía qué era. Sentía como un murmullo, acá en mi cabeza, no sé, un ruidito, un murmullo, no se qué era.

"**La lucesita** era medio violeta y muy finita, más que una aguja. Le dije 'vení' y resulta que me ha clavado ahí. Me dolía. Esa molestia me duró bastante, pero después sentí muchos, cuando ese coso hizo como un rayo, un rayo de luces, quemándome por varios lados: en la cara toda, las manos, un poco en el cuerpo también. Eran como pinchazos, que atravesaban incluso la ropa. Igual. Tenía una campera azul, delgada, pero no le pasó nada. La manta me parece que estaba tostadita, pero no sé qué era eso. Pero no estaba quemada, no.

"El haz provenía de unos 60-70 m, tocando el alambre, pero despacio y haciendo un ruidito, un quejidito. Vendrá alguno detrás de esa luz, digo; pero no era una luz que alumbraba para encandilarme, sino que no veía más que esos 'rayitos'. No había ningún aparato, ni personas. Como eso me pinchaba, salí dando vueltas para atrás. Y la luz me seguía. Di vueltas y otra vez detrás del camión. Le hablaba, le decía: '¡Hable, que si no disparo, quién es!'. Tenía el revólver en la cintura, y no lo sacaba. Volví a dar vueltas al camión, y yo que me... ya tiro en caso de... saco el revólver de manga, así nomás, y tiré. Cuando arrojé un tiro sentí que en algo había pegado, pero hizo un chisperío, como si le hubiera arrimado un hierro a una piedra eléctrica. E hizo 'rrrr', para atrás, como una flecha, una frenada grande. Entonces prendió una luz grande y salió como **un auto chiquitito**, así. Un auto redondito chiquito, así se veía, o lo vi yo, no se. Chiquito. Como si se hubiera espantado. Y al cruce le volví a tirar. Pero con dos luces grandotas, se elevó y voló al diablo.

"Y bueno, acá de jodiste, dije entre mí, jo-jo. Habré sentido un poco de miedo, asustado, yo soy un hombre que nunca tuvo miedo. Nunca. Donde decían que salían estas cosas, aquí y allá, yo iba a ver. Pero esa vuelta tuve miedo, porque no veía a nadie. Y crucé el alambre para ver dónde había estado eso, dónde veía esa luz. Ya cuando crucé la vía para esa luz, ahí se me armó el lío. Ahí sí.

"Ahí vi a unos tipos al lado mío, tres o cuatro. Parecían como espejos, como una luz que no alumbraba, sino que reflejaba como un espejo nomás. Quería ir para el lado de Isla Verde, pero de allá volvía, igual. ¡Hay!, bueno, ya tuve, hay. Ahí me dejó sentado. Me llevé un alambrado de púa por delante, también. Ya no me gustó. En un pastizal, y en un potrero, me metí igual. No sé hasta qué hora anduve, pero después de mucho andar, eso me seguía, se me arrimaba de algún lado, y yo siempre iba..., los conversaba, pero no me llevaban el apunte. Y yo siempre con el revólver en la mano. No me dieron tiempo a sacar el cuchillo, con él los atropello. No sé que hubiera hecho, pero. Y bueno, seguí así, y más allá, después de mucho caminar, pues de ésto ya transcurrió un ra

to largo... Cruce un terreno arado y otro sembrado. Me acuerdo haber atravesado en la larga caminata tres campos, uno de cebada y dos de maíz. Estaba agotado y bastante desorientado. Pero seguí.

"De pronto, se enciende una luz colorada, adelante, y vi un'coso' cuadrado, como de cuadros negros y blancos, como si fuera un vestido de mujer, abajo de la luz. Esa luz me encandilaba, me cegaba. Tenía la manta y me envolvía y me ardía todo. Iba así, y miraba medio agazapado a estos tipos, con los hacía rato que andaba al lado. Tal vez los disparos que hice los detenía.

"En un momento, la luz desapareció y sentí un ruido, como de un motor, semejante al de una máquina diesel de ferrocarril. Ahora se prendió una luz que alumbró como de día para arriba. Y vi una nave grandísima,' que estaba parada, hizo 'rruuu' y voló, en un segundo. Sentí el ruido, encendió la luz y ese bicho como un zepelín, o más grande aún, como una **bordelesa** grande, redonda, pero inmensamente grande, altísima y larga. Como una bordelesa de vino de 200 litros, pero grandísima. Así lo vi y así se fue, para arriba. Era como un barril, de color madera, con unas patas. Me parece haberle visto tres patas acá y no sé si dos allá (ver págs. ant., croquis de Douglas). Estaba parada sobre unos caños. Esta nave grande tenía unos 8-10 m de alto, o más, y 10-12 m de largo. Eso tenía ventanillas (0,60-0,80 m, separadas a un metro), con luces adentro, medio violetas, medio azuladas. No sé cuántas, pero eran varias.

"Pero estos bichos siempre me seguían. Estaba solo. Tampoco he visto animales en el campo. Busqué orientarme, caminando hacia la vía, para así llegar al pueblo, siempre mirando para todos lados, pero esos **espejitos** nunca se despegaban de mí. Parecían hacer señas y la luz colorada otra vez delante mío. Yo me aproximaba y ellas se retiraban. Cada 400 o 500 metros otra vez se ponía firme. Después me agachaba porque... me metí en un potrero con un pasto alto. Me agachaba así, y una luz como un espejo, como si habría un tipo con una lupa en la mano. Que hace así para abajo que yo me agachaba, me parece que le decía a los otros que yo me agachaba. Me volvía para atrás, y acá una luz como un espejo, pero no alumbraba. Era como una **luna de espejos**, delante mío, que a uno lo hacían volver para allá. Hasta que me encaminaron para allá. Cuando iba para allá, no vi nada hasta que caminé mucho, y por ahí fue cuando vi esa nave grande.

"La verdad que yo medio me había perdido. Si para acá o para allá. Al último yo encaré para Monte Maíz. Pero por ahí yo me sentaba, para ver qué hacía, y resulta que una luz parecía que le decía a los otros que yo me había sentado, ahí me había escondido.

"La luz no proyectaba, era como una 'luna de espejo'. Hasta que venía a mí, y los tipos medio retirados.

"**Esa gente** parecía que tenía unas cosas arriba, como unas **antenas**, en la cabeza, pero con forma de triángulo. Como un casco, que no sé si sería un capuchón o qué. La noche estaba oscura. Y lloviznaba. Y después que a uno le pasa una cosa así, ya... Esto se veía como una antena -triangular- tejida, tenía como una cuerda (perimetral), y con unos hilos*. Como casco estaba ésto.

"Eran tipos como nosotros, de 1,80-1,70 m. Por ahí dijeron 2,50 m, pero no. Eran cuatro. Por ahí cuatro, por ahí tres. Se perdía alguno, o quizá yo no lo veía, o se distanciaba, porque parecía que siempre quería quedar alguno adelante. Caminaban rápido, y no contestaban cuando les hablaba. No se les veía la cara y esas cosas, porque andaban medio encapuchados. Esa antena no dejaba ver bien, me parece que esto me molestaba también un poco.

"Vestían, según les notaba, como con 'breche' (n: tipo bombacha de campo) y botas, o polainas (n: botín o calza de paño o cuero que cubre la pierna hasta la rodilla). Pero los dos que vi saliendo del auto, al principio, no llevaban esa porquería arriba.

---

* Una versión de la época, curiosamente, recoge en supuestas palabras de Douglas ese detalle: "...tenía algo así como **un triángulo en la mano**, tuve miedo que me lo pusiera en la cabeza y le disparé un tiro" (informe del Círculo Enciclopédico Mundial, de San Vicente, SF). Otro aspecto que no guarda relación es que, según el testigo, sólo habría disparado dos tiros, a los primeros, aunque las versiones que se tienen del episodio resultan bastante insuficientes y contradictorias, por la complejidad del encuentro.

"Las manos eran normales, como las nuestras, más o menos. Pero la verdad que era de noche y no puedo... Yo veía las manos, que hacían, pero no sé si tenían cinco dedos, cuatro. No estaba para..., veía personas pero no estaba tampoco para andar observando mucho. Esa fue una experiencia que yo viví y que no sé si los volviera a ver..., al ver que ellos me quieren tomar, los tomo yo a ellos. Me abrazo a ellos a ver qué pasa.

"Los tipos siempre me seguían. Hasta me metí en el cementerio, porque era Monte Maíz, ¡dónde m... anduve!. Al último estuve tan perdido. Tan perdido, tan desconcertado. Caí al pueblo. No sé cómo, alcancé a ver que las luces del pueblo oscilaban, llegándose a apagar. Después, anduve por ahí, encontré a un muchacho del sur que le dije, eran dos o tres muchachos. Serían como las cuatro de la mañana del sábado 12. Esto era ya dentro del pueblo. Estaba todo embarrado, mojado, qué iba hacer. Encima, seguía viendo nublado desde que me quemaron. Había perdido en esa vuelta todo: documentos, anteojos, la... plata. Les digo, 'muchachos, a mí me ha pasado ésto, ¿creen que estoy 'mamado', borracho?', algo así digo. 'Denme una mano, acompáñenme, porque me siento mal, acalambrado'. Pero no, qué se creerían. No sé qué me dicen, que hace un rato se apagaron las luces. Y paré en un portón, y vi a un hombre que era de la usina y algo le expliqué al hombre, y me dijo que no sabía qué ocurrió, que se pararon los motores..., no sé qué me dijo el hombre. Finalmente, dando vuelta, encontré la (sub)-comisaría y fui atendido por un agente que estaría de guardia, a quien le expliqué lo ocurrido. Era un gordo, pero me atendió muy bien. Me convidó un poco de café, y me dice de ir a hablar con el oficial. Me llevó enfrente, el oficial estaba durmiendo, y me dice de ir mañana, y al otro día fuimos, a ver, a dar vueltas por ahí. Ese fue el caso que me pasó a mí".

Efectivamente, una comisión policial encabezada por el oficial Darío Domínguez, dos agentes y el médico cirujano Francisco G. Dávolos, se trasladó hacia el lugar de los hechos, comprobando la veracidad del relato en lo referente al accionar de Douglas. Se encontró el camión, las huellas de sus idas y venidas, y las dejadas por éste en un campo arado en su dramática y extraña fuga(3).

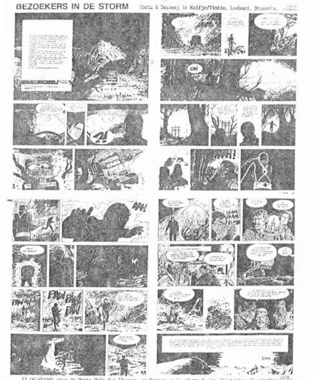
Las huellas encotradas en el lugar de los hechos

LAS HUELLAS: Como se indicó, la comisión policial de Monte Maíz, constató a temprana hora la presencia del camión de Douglas en un zanjón de la ruta provincial 11, a unos 12-15 kilómetros de aquella localidad cordobesa, muy próximo a Isla Verde.

Quedaba por comprobarse algún rastro en el escenario del insólito suceso. Fue así como la precipitación pluvial contribuyó a que fueran halladas sin dificultad las huellas dejadas por Eugenio Douglas en su desesperada huída -como obró en el sumario-, pero, como diría el mismo Dr. Dávolos, "de los seres y vehículo extraños del relato, ni el menor rastro".

Esto no fue impedimento para que, en esos días, algunos curiosos vecinos husmearan en las cercanías del lugar donde Douglas dijo haber visto a los ocupantes del ovni, "y hayan creído descubrir unas huellas de aproximadamente cuarenta y cinco a cincuenta centímetros de largo, borradas en su mayor parte por la intensa lluvia caída", según la versión del periodista Guillermo Martínez Anzorena, publicada en el tabloide sensacionalista Ocurrió!, del 31 de octubre.

Muy pronto, fotografías de las elongadas huellas de Douglas, debido al barro que au-



El celebrado caso de Monte Maíz fue llevado, en Europa, a la pluma de las "historias ilustradas" 1978.

mentó accidentalmente su longitud, fueron reproducidas en distintos medios como si se trataran de pisadas de las extrañas criaturas ("footprints of the strange beings")(4).

EL EXAMEN MÉDICO: Las presuntas quemaduras que exhibía Eugenio Douglas en el rostro, sumado al estado de excitación nerviosa, condujeron a la policía a requerir los servicios del médico cirujano adscripto a la Sub-comisaría, Dr. Francisco Guillermo Dávolos, quien al constatar aquellas lesiones -de las que quedaron marcas que fueron desapareciendo- consignó que eran **"raras lesiones producidas por elementos no determinados"**.

Este vago diagnóstico favoreció que aparecieran algunas "explicaciones". Por ejemplo, que "el camionero presentaba quemaduras en la cara de rayos ultravioletas, o al menos, semejantes a ellos"(5). Y aún más osadas: "...no se trata sino del impacto del reflejo magnético de la linterna de luz paralizante que son portadores todos los tripulantes espaciales..."(6). Sin embargo, la conjetura que reunió más adherentes haya sido, quizá, la de emanaciones radiactivas.

Casi desconocidas son las circunstancias del examen médico. Eugenio Douglas nos ofrece su propia versión:

"Me revisó ese médico Dávolos. Me revisó las lastimaduras por ahí, un poco, la cara, pero al otro día. El doctor me revisó, me hizo el cuerpo, así nomás; no, no me hizo nada de análisis de sangre, ningún análisis. Él no me examinó para que digan que yo tenía un grado de alchol, esas son... No quiero decir que soy un santo y que no he tomado, que nunca me he puesto en 'curda' (borrachera); me he puesto una y mil veces cuando he ido a un asado, y lo que sea. Pero yo toda mi vida, en las comidas, tomo leche. Que yo andaba alcoholizado, es mentira.

"Pero después, como a los diez días, me citaron y tuve que ir a Río IV. Allí me sacaron fotos, me revisaron dos o tres médicos, creo que me hicieron análisis de sangre. No recuerdo bien, ésto fue después"*.

Al preguntarle sobre las "quemaduras", Douglas responde enfáticamente: "No, no. Eran como unos pinchacitos, como unas pequeñas ampollitas, como unos pinchacitos de aguja, así eran. Eso se borró todo, a medida que me iba componiendo iba desapareciendo, cada día más. Era como decir..., hecho con una cosa muy, pero muy finita, caliente, que lo pinchara. No se infló, no. Como unos puntitos nomás, medio marroncitos. Pero una cosa sin significancia de qué se yo".

Días antes de entrevistarnos con E. Douglas, tuvimos ocasión de conversar con el Dr. Francisco G. Dávolos en su domicilio. Este es un fragmento de la misma:

"Este Douglas era un muchacho que trabajaba en transporte de Santiago del Estero. No era un trabajo permanente. Era camionero y transportaba en ese momento carbón de leña. Yo era médico de la policía y entonces una mañana, el 12 de octubre, fecha histórica, a eso de las 7 horas, la policía me llamó por teléfono. Yo estaba levantado por un paciente mío de Monte Maíz, así que Douglas se presentó en mi consultorio acompañado del oficial de policía. Ya estaba tranquilizado y se comportó normalmente.

"La policía pensó que era un cuentero, un borracho, que estaba pasado. Esa fue la interpretación que hizo, pero no. No se trataba de un borracho ni un cuentero.

"Me llamó la atención el tipo de lesión que tenía en el rostro, en el pómulo; en la parte que tenía descubierta . Era extraña, de coloración violácea, morada, una cosa así. Una discreta infiltraciónen la piel, hinchada. Tenía características más parecidas a la erisipela, o a un eritema, antes que a una quemadura. En la incertidumbre médica, en primera instancia, se le dio una pomada para quemaduras y heridas de la piel (anestésica y antiséptica), y al cabo de unos días no quedaron más rastros.

"También presentaba una ligera inyección conjuntival. Más que nada tenía la vista congestionada.

---

* No nos consta que E. Douglas haya sido nuevamente examinado, incluso el Dr. F. Dávolos negó que se hayan tomado otras providencias. Sin embargo, se supo que el testigo retornó a su domicilio de Venado Tuerto el sábado 12, por la tarde, y que el martes 15 retornó para complementar su exposición primera ante la autoridad policial(7).

"Le hice unos pocos exámenes, visual y táctil, nada más. No se han hecho en parte porque no había elementos, y otro tanto porque la policía se mostró indiferente: no sé si por comodidad o qué, pero lo atribuyó a que estaba borracho. Lo tomó en burla. No se le pudo hacer ni análisis de sangre. No se pudo conseguir nada, porque nos llevó la contra. Claro, uno pide, pide y si no le prestan atención, al final desiste. No se llegó a ninguna conclusión, no pasó nada".

EL TESTIMONIO DE LA FAMILIA MANOCCHIO: Al tiempo en que eran elevadas a la Jefatura Política del Departamento Unión las actuaciones labradas por la Sub-comisaría de Monte Maíz en relación a la patética exposición de Eugenio Douglas, trascendió que la policía había tomado conocimiento de un nuevo testimonio, el de la familia Manocchio.

El sumario policial, de doce fojas, se inició con las declaraciones de Douglas, agregándose a sus efectos el informe pericial del médico que certifica las lesiones en su rostro, recientes y producidas por elementos no determinados y, finalmente, el testimonio de tres integrantes de esa familia que afirman haberse topado con el camionero, y presenciar un curioso resplandor cuando entraban al pueblo a esas horas de la madrugada por el mismo camino.

Aunque serían muchas las manifestaciones de quienes aseguran que las luces del alumbrado de Monte Maíz variaron su intensidad, las declaraciones de los Manocchio parecen ser las únicas que avalarían parcialmente el relato de Douglas, en lo que se refiere a extrañas luces vistas en la oportunidad.

Al respecto, y por añadidura, algunos medios periodísticos hicieron hincapié en "los efectos de la rara nave espacial", pues Mateo Manocchio justificó la demora en denunciar su experiencia, y la de los suyos, por hallarse indispuesto -desmemoriado o desganado- después del inusual encuentro. Una 'inexplicable' sensación que encabezó en esos días las noticias sobre el caso(8).

Esto nos llevó a entrevistar a Mateo Manocchio, comerciante de la zona, a su esposa Lidia, y a la hija, Alicia.

Durante la misma, mientras seguía atento y en silencio el entusiasmado relato de su esposa e hija, el señor M. Manocchio fue interrogado sobre el particular, y respondió: "Yo no me acuerdo nada, fue una cosa que pasó. Como no lo conté más, como me pareció algo que no podía ser, entonces no me acuerdo más", intentó simplificar negando su recordación. Para agregar: "Después me llamaron de la policía, se enteraron a la noche, no se quién dijo 'Manocchio lo vio y se asustaron', pero los chicos se asustaron más que nosotros, ellos lo fueron contando muchas veces". Al preguntarle sobre algún efecto posterior, y mencionarle el comentario de los diarios de la época, Mateo Manocchio nos refiere con el asentimiento de sus familiares presentes: "Nos dimos un susto bárbaro, nada más que un susto. Seguro que después nos sentimos mal, pero, porque calculo, uno siente una cosa así, luego sabe qué pasó, el comentario que había... Después dijeron que el hombre (Douglas) estaba loco, que no hiciéramos caso. Bueno, esas cosas. Y ahí nos calmamos. Ya lo dijeron así. Mi hermano Ricardo y los suyos, que venían en el otro auto y no vieron nada, fueron los primeros que nos dijeron que estábamos locos, así que no dijimos nada y..., después me citaron de la policía".

Pero vayamos a la experiencia de los Manocchio, Lidia y Alicia, con algunas apuntaciones de Mateo, lo testimonian así:

Después de ir a cenar al campo, regresaban en un vehículo vaqueano verde el matrimonio de Mateo y Lidia Manocchio, junto a sus hijos Alicia, Juan José y la tía Gladis. Lo hacían por el camino principal, de tierra, bajo una intensa llovizna. Por el camino 'bajo', del cementerio, también lo hacía Ricardo Manocchio -hermano del primero-, en una estanciera, junto a tres de los suyos. De pronto, los primeros perciben una intensa luz, un resplandor cuya procedencia no pudieron determinar, pero que parecía provenir de arriba, iluminando al vehículo y lugar por donde transitaban. Pensaron que se trataría de Ricardo, quien venía ligeramente demorado o ingresado al pueblo, tras una pronunciada curva después del paso a nivel, por el camino bajo. Sin embargo, no alcanzaban a verse, pues ambos caminos están bastante obstaculizados por la arboleda y ar-

bustos, aún cuando el camino principal es algo más elevado. Esa luz blanca se mantuvo, según los denunciantes, durante unos minutos y no alcanzaron a observar la fuente que la producía. Por eso cuando deciden regresar para encontrarse ambos vehículos, Ricardo afirmó no haberles pasado ni visto nada fuera de lo común. "Así que cuando nosotros entramos -dice la Sra. Lidia-, que vimos esa luz que nos acompañó en el trayecto que va desde el cementerio hasta la entrada del pueblo, unos 500 u 800 m, dice mi marido: 'Seguro que le pasa algo a Ricardo', que venía por el camino bajo, del cementerio. Y nos vinimos, regresamos hasta ahí, la calle del paso a nivel, y cuando venían ellos nos detuvimos: '¡No -dicen-, no, nosotros no!, a nosotros no nos pasa nada'". "Él no vio ninguna luz -interviene Alicia-, la luz intensa que nosotros vimos, él no vio nada. Por eso a mí me extraña que mi tío Ricardo no la haya visto, porque no era mucha la distancia que traíamos entre un vehículo y otro". Eran las 3,30 horas aproximadamente.

Fue al llegar a la esquina del pueblo, donde ahora hay una rotonda, cuando los integrantes de la familia Manocchio observaron a un hombre -a la postre, Douglas- apuntando con un revólver y envuelto en una manta, "desesperado, dando vueltas, como un autómata", dice Alicia. Su padre respalda la versión: "Cuando lo vimos esa noche, el tipo estaba desesperado, daba vueltas, estaba perdido. Yo me quería bajar de la 'chata', pero no me dejaron; fue acá en la entrada, donde está la rotonda grande, del lado derecho". Alicia vuelve a intervenir: "Mi papá lo iluminaba, '¡qué le pasa a este hombre!' decía, porque estaba desesperado, ahí en la ruta. Para colmo, cuando lo enfocábamos peor, se enloquecía más este hombre, pobre. Así que nosotros empezamos a gritar y decirle que lo dejara. Nos dio miedo. Quería volver después de dejarnos en casa, pero nosotros no lo dejamos, y más cuando escuchamos disparos. Claro, este hombre desesperado gatilló. Inclusive, cuando llegamos a casa no había luz, el pueblo estaba apagado".

LA USINA ELECTRICA: Rápidamente se estableció un enlace entre los fenómenos eléctricos registrados en Monte Maíz (oscilaciones de intensidad lumínica y variaciones de coloración) con la aparición de los presuntos vehículos siderales. ¿Sería éste un caso más del conocido "efecto electromagnético"*?.

Un informe de la usina eléctrica de Monte Maíz señaló que personal que a la hora en que el camionero Douglas llega al pueblo, se encontraba de servicio, asegura que los motores fueron disminuyendo su potencia, lo que gravitó en que las luces se tornaran de un color amarillento, restableciendo luego su normalidad(9).

Esta explicación no resultó suficiente, motivo por el cual procuramos conocer otros pormenores. Entrevistamos entonces a uno de los más antiguos empleados de la usina, ya jubilado, el señor Bonifacio Fernández, quien se desempeñaba en aquel momento como electricista de la usina. Su testimonio grabado es el siguiente:

"Entré a trabajar en la usina de Monte Maíz en marzo de 1939. Esa noche le tocaba trabajar a mí y a no sé quién más. Lo que pasaba era que fallaba la bomba del motor y se venía abajo el sistema. Fallaba porque el motor era viejo, y entraba a fallar. Sucedió muchas veces. Pero esa vez ocurrió varias veces en el día, en la noche, y no había otro repuesto. Teníamos dos motores rotos y ese quedaba después a la noche. Al bajar la revolución, bajaba el voltaje y se apagaba la luz; quedaba la luz chiquitita y volvía a levantar otra vez al tomar fuerza el motor. No venía la corriente de afuera, sino que se producía acá, de modo que había poca luz en el pueblo, en las casas.

"El motor era a gasoil,fuel-oil. Después lo arreglaron y siguió bien. Muchas veces después quedamos sin luz en el pueblo, acá. Cuando el motor se baja, no hay tiempo de reemplazarlo. A ése lo hacía tomar otra vez bombeándolo, y empezaba a levantar, la luz también. Yo era el electricista y en aquella época, además, iba y daba luz a una sección, a una parte del pueblo y cortaba la otra, pero esa noche estaba todo el pueblo.

---

* El "Efecto E.M." (electromagnético) es, en la jerga, aquel que se le atribuye a los ovnis la propiedad de generar un campo magnético de una magnitud capaz de paralizar motores a explosión, instalaciones eléctricas, etc. El error proviene, con esa denominación, de establecer 'a priori' un orden de causalidad, que es lo que debiera demostrarse, en todo caso, después de la investigación.

"No es nada de lo que le pasaba a ese hombre (Douglas), sino que alguien lo tomó por eso, porque él vino corriendo en momentos en que se apagaba la luz. Lo que le venía sucediendo a ese hombre, las cosas que contó. Todo ésto habrá sido cierto, mentira, no lo sé..., pero el caso de que la luz se paraba era culpa del motor. No era nada de él. Un defecto del motor. Así fue, seguro. Las otras son fábulas, enredos que quedaron en el comentario del pueblo".

LAS CONDICIONES METEOROLÓGICAS: En esta etapa de la investigación, han de tenerse en cuenta los caracteres meteorológicos al momento de ocurrir el episodio. El informe que solicitamos al Servicio Meteorológico Nacional, SCR II, firmado por la Jefa del Centro de Información respectivo, Catalina Sassone de Candurra, expresa:

Monte Maíz, prov. de Córdoba - 11/12 octubre 1963: 20,00 a 04,00 horas (Exp. Nro.: 39.442)

Estaciones de referencia más próximas: Marcos Juárez-Belle Ville
Temperatura (°C): 13-14
Humedad relativa (%): 99-100
Estado del cielo: cubierto
Viento (dirección y velocidad, en nudos): Sector sur, 10/17
Presión (mm), nivel estación: 748-750
Visibilidad (km): Reducida por niebla: 500 metros; 2 a 4 km por llovizna
Precipitaciones: Bancos de niebla, llovizna continua.

Han sido en estas condiciones en que se produjo la desusada observación de Eugenio Douglas, las mismas en que ocurrió el accidente. No muy favorables para realizar una genuina observación , especialmente, en relación a la visibilidad y a las circunstancias que generan los más variados fenómenos, incluídas las aberraciones.

OTRAS EXPERIENCIAS: Eugenio Douglas ha sido testigo, e incluso protagonista, de episodios ufológicos de variada extrañeza, los cuales no deja de mencionar durante nuestra larga entrevista:

"Aparte del caso de octubre de 1963, una vez, iba para Corral de Bustos, Cba., y un aparato semejante se me presentó en el camino, pero en esa oportunidad no pasó más que eso. Pero fue hace muchos años, como a los dos años. Vi otras cosas, más o menos parecidas, pero nunca quise mencionarlas. Otra vez, acá, en Venado Tuerto, en época más cercana, cuando tenía un negocio frente al Hospital.

"También una vez fui a llevar a un hijo grande al Club Avellaneda, ubicado en la otra punta de Venado Tuerto, pasando la Agrónoma. Cuando voy a dar vuelta, una luz me enfoca, como si hubiera sido enfocado desde arriba. Y ya salí... De pronto, me encontré allá, en un terreno perdido que no supe dónde era. Se trataba de un campo. Había cruzado la ruta 8. Y después me metí en un camino que hasta hoy no se cuál es, que en ese tiempo estaban..., me metí en todos lados. Me pregunté: '¿cómo vine acá, y cómo hice?...'.¡Y cómo me cegó esa luz y qué se yo!. Cómo seguí, cómo crucé. Estaba como a una legua (la calcula en 5 km) fuera del pueblo, más o menos. Después que vi el 'dislumbre' (n: término que condensa 'vislumbre' con 'deslumbramiento'), me detuve, me bajó afuera del auto y ¡yo no vi más esa luz!. Y seguí, pegué la vuelta ahí entre los yuyos, y me metí por un camino angosto, que no... Días después volví, quise localizar dónde fue que yo había salido, pero no, no ubiqué el lugar.

"Después tuve otras cosas. Otra vez iba para Monte Maíz y viví también, vi como una nave que iba conmigo, y luego cortó lejos; parecía que..., que se yo. Me paré, y digo 'a ver si estos querrán hablar conmigo, ¿serán aquellos?'...".

DICE E. DOUGLAS: Sobre el caso de Isla Verde-Monte Maíz, del 11/12 de octubre de 1963: "Esto es lo que me pasó y eso es lo que siempre sostuve. Lo que me ocurrió yo no me lo olvidé jamás. Quizá me olvide de comprar una cosa mañana, no lo recuerde. Pero ésto lo tengo grabado en la cabeza, yo no me olvidé. Lo que vi es lo que digo y lo que dije antes, y lo que digo ahora".

ANÁLISIS Y CONCLUSIONES

El episodio protagonizado por el transportista Eugenio Douglas presenta complejas vicisitudes y derivaciones. De ahí que la constatación personal de la existencia en vida del testigo y de su espectacular relato, resultan muy ponderables en esta instancia.

De haber fallecido, seguramente se hubiera robustecido un mito en torno a su prematura muerte ocasionada por los ovnis, en aquella imborrable experiencia. "Mi vida siguió siendo normal -nos dice Douglas-, sin enfermedades; siempre fui un hombre fuerte y lo soy ahora con mis setenta y pico de años".

Las 'mortales radiaciones' atribuídas por los "especialistas", se redujeron en la realidad a unos "pinchazos" localizados en el rostro (pómulo), que le hicieron arder los ojos, y a algunas magulladuras, las cuales se le fueron definitivamente unos días más tarde.

El escueto y muy difundido diagnóstico del Dr. F.G. Dávolos avalaba el misterio: "raras lesiones producidas por elementos no determinados". Diagnosis que, lejos de permitir reconocer el carácter de dichas lesiones, estimularon la imaginación por su notable vaguedad e imprecisión.

Sin embargo, en nuestra entrevista con Dávolos surgieron algunos detalles fundamentales respecto a la lesión. Se trataba de "una discreta infiltración, hinchada (y) tenía características más parecidas a la erisipela, o a un eritema, antes que a una quemadura" (el mismo Douglas rechazará la idea de que le ocasionaran una quemadura). Será propicio, por consiguiente, aclarar la terminología médica: la erisipela, o mejor, el exantema erisipelatoso es una erupción de la piel, como el sarampión, la escarlatina, etc. Mientras que el **eritema**, se define como "una inflamación superficial de la piel", al modo en que lo producen en forma pasajera las ortigas del campo (sus hojas, cubiertas de pelos, segregan un líquido irritante, que penetra en la piel por simple contacto). Precisamente, los signos y síntomas observados en Douglas.

La extrema prudencia del médico, quien no pudo determinar fehacientemente el origen de esas "raras lesiones", débese a que sólo practicó un insuficiente examen ocular, en medio de la indiferencia policial frente a un testigo que involucraba a extraños seres en la aparición de estas infiltraciones en la piel. Hasta aquí, si nos abstrayéramos por un momento de esas inusitadas presencias, sería aceptable suponer que Douglas, al caer en la cuneta -una zanja a la vera del barroso camino- pudo haber rozado inadvertidamente una planta urticácea.

En cuanto al fantasmagórico relato de Douglas, tras examinar detenidamente todos los elementos reunidos, nos inclinamos a pensar que el nudo, clave del caso, se desprende del propio testimonio del transportista, en particular, de las instancias iniciales de la observación.

Iba Eugenio 'Chicharra' Douglas circulando con su viejo y maltrecho camión por el camino que une Monte Maíz con Isla Verde, atravesando un banco de niebla y una llovizna continua que le dificultaban la visibilidad, muy reducida (datos confirmados por el Servicio Meteorológico). Repentinamente, advierte más adelante y sobre la solitaria ruta provincial, una **luz roja** que la identifica como las luces de posición de un vehículo. Ante la inminencia de una colisión -declara el protagonista-, pierde el control del camión, suelta el volante, aprieta los frenos y el vehículo se desliza en el barro, cayendo estrepitosamente en la cuneta. Pierde la noción del tiempo y lugar, sintiéndose caer en un precipicio hondo, virtualmente paralizado.

Douglas intenta reconstruir con palabras aquel instante: "Un poquito antes de llegar hasta la luz, hizo como un flash (...). No se que me dio a mí, me arrolló, yo eso me acuerdo. Y he largado el volante y sentía que me iba a un precipicio hondo, así. Que me iba a un precipicio hondo, pero no sé el tiempo que duró eso. No sé si duró un segundo, un minuto, diez segundos, no sé. Como quien me iba a suceder. Parece que me iba a un precipicio hondo, así. Pero **me desperté, justo sentí, no sé si...e-e-eso es, si fue justo cuando he largado el volante,** y me estrellé contra el coste de la vía (...). **Me desperté y vi que el camión estaba ahí**".

Evidentemente, hay un significativo momento (instantes antes de su fantástica visión) en que el testigo se haya en un estado de estupor, con cierto grado de pérdida de la conciencia. Muestra un cuadro de confusión mental, que incluye desorientación témporo-espacial, entumecimiento psíquico, con probable desvanecimiento.

El examen médico practicado por Dávolos, empero, no dio signos de un trauma (herida, lesión) cerebral. Aún así, no debiera desestimarse la posibilidad de una conmoción, como consecuencia de una contusión o también de una sacudida inesperada del cuerpo de Douglas. El estado del camión revela la violencia del impacto.

La hipótesis propuesta es que el shock del accidente, sin efectos físicos -al menos, visibles- en el cerebro, habrían coadyuvado a formar una historia irreal.

El camionero ha de narrar que "despertó", y sin tener una claridad de conciencia, actúa con cierto automatismo, deambula, ya no ve la luz roja en el camino. El supone que debió tratarse de otro vehículo, pero que su conductor debió auxiliarlo.

En esa situación de shock, de conmoción post-traumática (en su acepción psicológica), y aún en aturdimiento, comienzan a surgir extrañas visiones. Imágenes que por su fantasiosa presentación son propias de una alucinación*.

El sucesivo carrousel de formas calidoscópicas observadas, las súbitas apariciones y desapariciones de objetos, luces y personajes fantásticos, permiten la irrupción de una trama delirante, intuitiva, que proyecta en él y sostiene el porqué de esa alucinación. El neto contenido persecutorio, se halla conforme a los rasgos de personalidad del denunciante. Y el tipo de imágenes que utiliza es el que mejor expresa el material simbolizado: objetos que semejan a una bordelesa o tonel de vino de 200 litros, esto a un coche fúnebre camino al cementerio, y personajes con chaquetillas de policía.

Eugenio Douglas nos impresionó como un sujeto sincero en sus declaraciones, con una firme convicción respecto a su experiencia. Que no ha sido la única. Nos hallamos ante un individuo con cierta disposición a convertirse en protagonista de episodios ufológicos similares, incluído un denominado "missing time".

Una vez se discutió si una contusión lo suficientemente seria como para crear una fantasía, le hubiera permitido alejarse del lugar del accidente. En efecto, los historiales médicos de guerra dan prueba de ello, y aún otros accidentes de ruta**.

Sin embargo, desde esta perspectiva, un fuerte shock como resultado de la inminente colisión con otro vehículo presuntamente detenido en la ruta y de la ocasionada cuando cae con estrépito en la zanja, habría desencadenado en la personalidad de Douglas un episodio de las características descriptas.

El testimonio ofrecido por la familia Manocchio, es el único que respalda parcialmente el relato de Douglas, en lo que se refiere a luces vistas esa oscura noche, aunque se ciñe sólo a un "intenso resplandor" de ignota procedencia, y no a objetos o luces definidas en la atmósfera. Esto, además, torna improbable una identificación.

Si bien las condiciones meteorológicas no eran propicias para una adecuada observación, el área donde Douglas afirma haber sido seguido, es un campo llano sin accidentes geográficos (Monte Maíz e Isla Verde se encuentran a 117 y 121 m de altitud s/n mar). No obstante, sólo el transportista parece haber percibido aquellos fenómenos que detallaría más tarde.

También hemos comprobado que la conexión que se estableció entre la supuesta aparición de ovnis y un desperfecto que se produjo esa noche en los motores de la usina eléctrica de Monte Maíz, no guarda ninguna relación de causalidad.

---

* La alucinación es una percepción sin objeto real, con convicción plena por parte del sujeto. Es una de las características de la psicosis confusional.

** A modo de ejemplo, en julio de 1990 se produjo un accidente automovilístico en la ruta nacional 2, a la altura de Dolores. El choque causó dos muertos y dos heridos graves. También la desaparición de uno de los conductores, quien fue hallado tras quince horas de búsqueda semiinconsciente, sin habla y con heridas en la cabeza y en la cara, en un monte ubicado a tres kilómetros del lugar. Presentaba un cuadro de "coma superficial grado I". El oficial de la policía de Dolores señaló: "Creemos que bajo el estado de shock en que se encontraba, cruzó la ruta y caminó durante horas"(10).

En relación a las huellas encontradas, la comisión policial estableció que las mismas provenían de las idas y venidas de Douglas, y de su camión, sin que fuera hallado rastro alguno de los insólitos seres. Nadie de quienes han intervenido en las instancias iniciales del caso (Douglas, Dávolos, y otros), han mencionado algo al respecto, a excepción de la prensa sensacionalista de la época, que interpretó bizarramente el origen de las citadas huellas.

Los datos reunidos y expuestos, fundamentan nuestra hipótesis y conclusiones. De otro modo, quizá, debiéramos aceptar que un testigo aislado, en las condiciones psicológicas descriptas, ha visto -realmente- sucesivos y variados objetos, luces y fabulosos individuos. Tal vez algo de ésto ocurrió, pero ateniéndonos a las circunstancias en que parecen haberse desenvuelto los acontecimientos, nos resulta muy improbable que se haya producido un hecho anómalo objetivable, conforme al extraordinario relato de Eugenio Douglas.

***

© R. Banchs,
1994

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

(1) **Cuarta Dimensión**, Buenos Aires, Nro. 51, (marzo) 1978; p. 36.
(2) **Extraterrestre**, CAIFE, Buenos Aires, Nro. 13, (1986), p. 35.
(3) **Rienda Suelta**, Isla Verde, Monte Maíz, Laborde, W. Escalante, A.I, Nro. 5, agosto 1986, p. 7.
(4) **Flying Saucers**, Amherst, Wis., Nr. 45, january 1966, p. 51.
(5) **Ocurrió!**, Buenos Aires, 31 octubre 1963 (relato de Guillermo Martínez Anzorena); citado en el boletín de la CODOVNI, Buenos Aires, 1963, p. 5.
(6) **Córdoba**, Córdoba, 19 octubre 1963 (artículo de 'Agor').
(7) **La Voz del Interior**, Córdoba, 19 octubre 1963.
(8) **Córdoba**, Córdoba, 22 octubre 1963; **La Razón**, 22 octubre 1963; y, **La Voz del Interior**, Córdoba, 23 octubre 1963.
(9) "Caso Douglas"-Año 1963, informe del Círculo Enciclopédico Mundial, CEM, San Vicente, SF, 1963, p. 4.
(10) **Clarín**, Buenos Aires, 17 julio 1990.

NOTA: Creemos merecedor citar aquí a Carlos Demaría, por el entusiasmo puesto en la investigación del caso y por su contribución en la difusión de nuestro informe preliminar publicado en 1987; a Richard W. Heiden, por haber reunido una impresionante lista de referencias sobre el caso; y a Mónica Simonetti por su siempre bien dispuesta colaboración en las encuestas.

ANEXO

Con posterioridad a nuestro informe preliminar, y como hecho notable, recibimos copia de unas cartas que obran en los archivos del antiguo Project Blue Book, de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos (USAF). La primera de ellas es la que le enviaron Alberto Degrati y Rubén Rópolo, directores del Círculo Enciclopédico Mundial (CEM), de San Vicente, provincia de Santa Fe, el 15 de enero de 1964, adjunto a un informe del "Caso Douglas"; y la segunda, la respuesta que el Cnel. Eric T. de Jonckheere les hiciera llegar en relación al episodio de Monte Maíz, el 5 de febrero de 1964. Por su interés, convenimos en reproducir este último documento de carácter inédito, cuya traducción informal incluimos seguidamente:

Observación UFO (Santa Fe, Argentina)/Hq. USAF SAFOI-PB (Mrs. Gaiser) 5 FEB 1964
Wash. 25 D.C.

"1. En referencia a la carta adjunta de Messrs. Degrati y Rópolo, de San Vicente, Argentina. La siguiente información se provee para asistirlo en una respuesta con respecto a una observación de un plato hecha por Mr. Douglas, y sus contactos con sus habitantes.

"2. La observación nos fue reportada indirectamente y, por consiguiente, la información presentada es, en el mejor de los casos, de segunda mano. No creemos que este caso deba ser investigado debido a la demora en la recepción del reporte y el costo que involucra una investigación. De todas maneras, el caso será enviado a los legajos de la Fuerza Aérea caratulado "Datos Insuficientes" debido a la probable distorsión de los hechos básicos del caso.

"3. No es nuestro deseo ofender o ridiculizar el reporte sincero de Messrs. Degrati y Rópolo sobre la obser-

OFFICIAL FILE COPY

TDRQ

UFO Sighting (Santa Fe, Argentina)

5 FEB 1964

Hq USAF SAFOI-PB (Mrs Gaiser)
Wash 25 D C

1. Reference the attached letter from Messrs Degrati and Ropolo of San Vicente, Argentina. The following information is provided to assist you in a reply to them regarding an alleged sighting of a saucer by a Mr Douglas and his contacts with its inhabitants.

2. The sighting has been reported to us indirectly and therefore the information presented is, at best, second hand. We do not feel that this case should be investigated due to the delay in receipt of the report and the expense involved in conducting a field investigation. However, the case will be carried in the Air Force files with an evaluation of "Insufficient Data" due to probable distortion of basic facts in the case.

3. It is not our desire or intent to offend or ridicule Messrs Degrati and Ropolo's sincere report of Mr Douglas's sighting. In your reply please express our appreciation for their forwarding of the report.

4. Our opinion, not for release, is that this case follows a pattern of previous cases of alleged contacts with assumed beings from outer space. All such reports have failed to produce any evidence of their actual occurrence. The general tone of Mr Douglas's story indicates a possible hallucination since he apparently is convinced that the occurrence was real and no evidence of a hoax is presented. However, psychiatric examination would be necessary to confirm or refute this theory. Also it is possible that Mr Douglas received a blow on his head when the axle of his car became bent and temporarily placed him in a dazed condition.

FOR THE COMMANDER

ERIC T de JONCKHEERE
Colonel, USAF
Deputy for Technology
and Subsystems

1 Atch
Ltr, (Messrs Degrati & Ropolo)

OFFICIAL FILE COPY

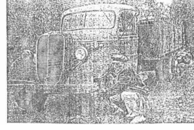
vacíou de Mr. Douglas. En su respuesta expreso nuestro agradecimiento por la primicia del reporte.

"4. En nuestra opinión, y no por liberar nos del caso, este reporte sigue el patrón de casos previos de contactos declarados supuestamente provenientes del espacio exterior. Este tipo de reportes no han dado evidencias de haber ocurrido realmente. El tono general de la historia de Mr. Douglas indica una posible alucinación, puesto que él está aparentemente convencido de que el suceso fue real y no se presenta ninguna evidencia de un engaño. En todo caso sería necesario un examen psiquiátrico, para confirmar o rechazar esta teoría. También es posible que Mr. Douglas haya recibido un golpe en su cabeza, cuando el eje de la rueda de su coche se torció, colocándolo a él temporariamente en una condición de aturdimiento.

"POR EL COMANDANTE
ERIC T de JONCKHEERE
Coronel, USAF
Comisionado por Tecnología y Subsistemas

La carta del Cnel. de Jonckheere que acompañó el envío de la carta e informe del CIBN al Hq. USAF SAFOI PB, para que éste contestara a los ufólogos argentinos Degrati y Rópolo, constituye un documento único de preciado valor histórico

© R. Banchs, 1994



Eugenio Douglas junto a su camión celata las vicisitudes de su encuentro con los extraños seres, en una fotografía de la época.

MONTE LEON, SC: UNA SINGULAR OBSERVACION EN LA PATAGONIA

En un artículo de la serie "El enigma de los OVNI", publicado en el diario El Día, de La Plata, firmado por Omar R. Pagani, con fecha 2 de enero de 1966 (p. 2), se conoció un interesante caso ocurrido tres años antes en cercanías de Monte León, provincia de Santa Cruz.

Cuando viajaban en automóvil desde Comandante Piedrabuena hacia Río Gallegos, Rodolfo Padín y otra persona vieron a un costado del camino y a 70 m de distancia un artefacto metálico, de forma ovalada y plana, con una cúpula transparente. Tendría el tamaño de un automóvil y se encontraba posado en tierra, rodeado por una especie de niebla. En su interior se movían tres formas de apariencia humana y pequeña estatura, que llevaban vestimentas de aspecto metálico. A marcha muy lenta ambos testigos observaron el fenómeno durante 20 minutos, hasta que cobró altura, volando en trayectoria oblicua y ascendente. No escucharon ruido de motores y notaron que el objeto dejaba tras de sí una estela de humo blanco.

Según expresa en detalle O.R. Pagani, los hechos habrían sido los siguientes:

"El día 22 de noviembre de 1962, a las 3,20, Rodolfo Padín, argentino de 30 años de edad, domiciliado en la ciudad de Río Gallegos, provincia de Santa Cruz, se encontraba viajando en automóvil por la ruta que une la localidad de Comandante Piedrabuena con Río Gallegos. Lo hacía en compañía de otra persona cuyos datos el testigo, lamentablemente, no recuerda porque se trataba de un acompañante ocasional, que teniendo que trasladarse a territorio chileno, le pidió en Piedrabuena que lo acercara a Río Gallegos para de allí poder volar a su destino.

"La noche era clara, con una hermosa luz de Luna, el tiempo seco y el cielo poblado de estrellas.

"No existía en la mente de Padín otra preocupación que la que requería su atención sobre lo que estaba realizando, es decir, la conducción de su automóvil, que por otra parte era escasa ya que viajaban a 40 kilómetros por hora, y la que exige una conversación trivial con un interlocutor circunstancial sobre las pocas cosas que pasan en esos lugares donde nunca pasa nada... hasta que pasa, como veremos en seguida.

"Al llegar al lugar denominado Monte León, nombre que toma de un establecimiento ganadero y cabaña próximo, y al terminar de subir una pequeña cuesta que allí se encuentra, ambos pasajeros sufrieron -según Padín- la sorpresa más grande de sus vidas. En el camino, y a unos 70 metros de la huella hacia la izquierda un objeto metálico, de forma ovalada plana, con una cúpula central clara, como de cristal, pero de color rojizo, se encontraba apoyado en el suelo.

"Para observar mejor Padín fue aminorando la marcha de su coche hasta hacerla mínima, pero sin llegar nunca a detenerse, porque según él 'la hora era muy avanzada y la sorpresa que recibimos muy grande'. Ello no obstante, esa velocidad les permitió ver que en el interior del objeto se movían tres formas humanas de pequeña estatura, aunque este detalle está sujeto a las características del cristal de la cúpula, porque él cree que deformaba las imágenes. Sus vestimentas eran también de color metálico, cosa que podían apreciar bien dada la claridad que reinaba en el interior del objeto.

"Los testigos tienen la impresión de no haber sido vistos por los tripulantes, o por lo menos si lo fueron ello no los inquietó porque llevando el coche tan lentamente pudieron observar el artefacto durante casi 20 minutos, al cabo de los cuales quedaron con la más absoluta certeza de haberse encontrado con algo absolutamente desconocido.

"Relata el testigo principal -siguiendo con la crónica de O. Pagani-, que por haberse quedado muy impresionado, a medida que avanzaban por el camino, continuó mirando hacia ese costado y hacia el cielo durante largo rato, y así fue, como 25 minutos después, volvieron a verlo, de ese mismo lado, pero ahora volando, en posición oblicua y dirección ascendente a una altura de unos 2.000 metros, semejando esta vez un cohete de for-

ma ovalada que en pocos segundos se perdió en el cielo".

Interrogado [redacted]ionario, el testigo señaló que el objeto era "más o menos del tamaño de un automóvil Ford Falcon" (n: 4,50 m), y que siempre mantuvo igual forma, aunque "a su alrededor había como una especie de niebla que parecía despedirla el objeto. Y cuando lo vi por segunda vez dejaba detrás una estela como de humo blanco", sin que fuera percibido sonido alguno proveniente del artefacto.

En cuanto a su opinión respecto a la observación efectuada, afirmó: "Bueno, yo creo que es lo que llaman 'plato volador', pero para mí no es redondo sino ovalado, y así lo observé cuando ascendía. No tengo dudas que era sólido y estaba tripulado, y que sus tripulantes, tal vez por efecto del cristal, eran de pequeña estatura".

¿BASES DE OVNIS EN EL SUR?

Los comentarios sobre el episodio, por parte de quien suscribe el artículo de prensa, Omar R. Pagani, resultan muy generales a excepción de un último y significativo párrafo donde califica al caso de Monte León como un ejemplo de los mejores avistamientos efectuados con vehículos posados en tierra.

Muy a pesar, según el testigo Rodolfo Padín, la encuesta fue realizada por correo a través de un cuestionario impreso.

La postura frente al problema es definida por Pagani desde un comienzo del artículo: "Desgraciadamente, las distancias, la escasa densidad de población y la dificultad de las comunicaciones con la zona, nos impiden el contacto con lo que suponemos un número importante de observaciones en nuestra Patagonia.

"Si de algo podemos estar seguros respecto a estas insólitas visitas y a la falta de urbanidad de sus responsables, es que ellos prefieren no molestar nuestra atención, pero, si por alguna circunstancia lo hacen, eso no les importa mucho tampoco. Por esta razón suponemos que, si bien no conocemos los motivos que los impulsan, cualesquiera sean ellos, prefieren satisfacerlos sin nosotros, por ahora al menos...

"Es así que la inmensa soledad de nuestro Sur debe resultarles un ambiente muy propicio para sus incursiones: esto, a la luz de las observaciones que conocemos en esas lejanías.

"Esa seguridad, por otra parte, o probabilidad, de poder cumplir su cometido, cualquiera que sea, sin ser observados, debe ser la que hace que las observaciones allí realizadas constituyan las mejores efectuadas con vehículos posados en tierra".

Es curioso notar que Pagani no fundamenta la suposición de que existiría en la Patagonia "un número importante de observaciones", cuando por otra parte está diciendo que "ellos" hallan en el sur "un ambiente muy propicio (...) de poder cumplir su cometido, cualquiera que sea, sin ser observados". ¿Cómo podríamos imaginar tales observaciones sin observadores?. Porque el aislamiento de su baja población en los vastos territorios tampoco son suficientes motivos.

Será oportuno recordar que apenas unos meses antes del caso –en agosto de 1962–, comenzó a circular una insistente versión sobre la presumible existencia de una base de platos voladores en el sur argentino, cuando el transportista Vicente A. Bordolli, en sus habituales viajes al sur, en compañía de su hijo, afirmó: "En las profundidades del golfo San Matías existe, con absoluta seguridad, una base de platos voladores", agregando que desde la ruta nacional 3, que bordea la costa del sur argentino, ha visto emerger y amerizar en varias ocasiones extrañas naves luminosas(1). Las impresiones del camionero, nunca bien examinadas y débilmente corroboradas por otras versiones de la época, fueron tomadas como una rigurosa realidad.

Aún más en julio de 1965, en circunstancias de observarse un presunto ovni en la Antártida Argentina*, que habría resultado ser "simples fenómenos aurorales"(2), a decir

* En ese entonces, Omar Roque Pagani era capitán de fragata de la Armada argentina, y encabezaba la Comisión OVNI, desarrollando una profusa tarea de investigación. El impulsó la difusión del comunicado oficial de la Secretaría de Marina en relación a estos controvertidos sucesos antárticos.

del Prof. Félix Cernuschi, director del Departamento de Física de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires. En sentido parecido se expresó también el Ing. Teófilo Tabanera, pionero de la astronáutica argentina(3). Sin embargo, las miradas platillistas se dirigieron hacia el sur. Y fue el Ing. Enrique L. Ferraz, profesor del Departamento de Ingeniería de la Universidad del Sur, avalándose por recientes descubrimientos, quien destacó: "La prolongación imaginaria de las apariciones (de ovnis) producidas en Europa desemboca en nuestro país. El hecho de que se produzcan tantos sucesos de esa naturaleza en nuestra Patagonia ha comenzado a ser científicamente explicable. Pensamos que vuelan por este itinerario deliberadamente porque en él encuentran el mejor lugar de salida de la órbita terrestre. ¿Por qué?. Porque recientes descubrimientos practicados con el lanzamiento de satélites tienden a demostrar que el cinturón de Van Allen* -de tremenda radiactividad- constituiría las líneas de fuerza del tremendo imán que es la Tierra. Entonces, por los polos residirían zonas de rápido cruce, donde aminoran los efectos del campo magnético. Y allí, donde también se atenúan las consecuencias de la fuerza de gravedad, estaría el mejor punto de salida para abandonar la Tierra en vuelos interplanetarios"(4).

No obstante el entusiasmo inicial, los informes continuaron en niveles excesivamente bajos y nada más habría robustecido la creencia de que en el sur argentino "queda una abertura para el ingreso de los platos voladores", como sostenía el R.P. Segundo B. Reyna, augurando prolíferas observaciones(5).

El artículo de O.R. Pagani, publicado algunos meses después del anuncio de Ferraz, no parece ajeno al clima platillista que veía a la Argentina favorecida por la entrada de los platos voladores, sin que -a la luz de las observaciones que conocemos- podamos pensar seriamente que hemos encontrado un ambiente propicio para el desenvolvimiento de estos fenómenos.

LA INVESTIGACION

Nuestra reencuesta fue realizada a fines de 1984, entrevistando al testigo Rodolfo Padín. Nació en Río Gallegos, SC, el 25 de octubre de 1933, de manera que a la fecha del avistamiento tenía 29 años. En ese momento era socio de una mueblería, de la que ahora es su único dueño, habiendo ampliado su actividad comercial a varios locales en el rubro de artículos para el hogar. Tiene afición por el automovilismo y la aviación, motivo que lo llevaron a piloteárlos.

Como se verá, el relato que nos proporciona Rodolfo Padín difiere en algunos aspectos con el originalmente obtenido. Aún cuando asegura que "es lo mismo que les estoy diciendo", y que lo "recuerda como si fuera hoy", es posible que en ese transcurrir hayan ocurrido algunas inevitables variaciones, en especial, porque el testigo parece no haber reactualizado su recordación. "Pensamos en no contar nada -nos dice-, pero lo hicimos a dos o tres de acá, y después a gente que estudia esto me han preguntado y les dí algún informe; fue a uno, que me envió un informe por carta".

He aquí su exposición: "Fue más o menos en Monte León, a la salida de Comandante Piedrabuena (n: 29 km aprox.), llegando antes del camino viejo. Habíamos salido de Comandante Luis Piedrabuena con rumbo a Río Gallegos, previo paso por Lemarchand. Nos encontrábamos a la altura de la cabaña y estancia Monte León, cuando de pronto vimos algo en el cielo, como que se cruzó; y automáticamente se paró el motor de mi Farlaine modelo 1957, quedando como sin batería, detenidos. Estuvimos allí unos minutos cuando notamos que habría volteado y apareció en tierra a una distancia aproximada entre 500 a 1500 metros. No podía precisar porque había muchas matas, pero lo que se veía eran como tres cabecitas, tipo enanos.

---

* **Cinturones de Van Allen:** Nombre dado a dos zonas anulares y concéntricas, ricas en partículas electrizadas de alta energía, que rodean la Tierra y cuya presencia ha sido revelada por los satélites artificiales. Contienen radiactividad, pero no representan riesgo alguno para los astronautas que los atraviesan con cierta rapidez en el interior de un habitáculo protector.

"Puede ser que sean 500 metros que se veían tres cabecitas, perfectamente. Lo que lamenté es no ir hasta allá después que se levantó, pues mi acompañante me dijo:'no, quedate acá, a ver si tenemos algún problema; porque yo algo de esto leí', bué, así que no nos movimos del coche. Quedamos sentados, mirándolos. No me acuerdo exactamente la hora en estos momentos, pero serían las 3,30 de la madrugada.

"Lo hemos visto en el transcurso de un minuto, y medio, o dos. Lo vimos posado cuando daría vuelta sobre nosotros, que vimos la luz y quedó posado; después, lo perdimos de vista. Habrá levantado vuelo.

"Se hallaba paralelo a donde manejaba yo, del lado izquierdo, del Atlántico (n: Este). Irradiaba una luz amarilla con rojo, medio anaranjada, tirando a fuego. Amarillo fuego. El objeto se veía como un huevo cortado al medio, con la parte de abajo como si fuera una máquina, que no se vé por la oscuridad, y la parte de arriba con luz. Era algo así, con tres cabezas.

"Cómo le puedo explicar..., el objeto era como una zapatilla, más o menos así, como si fuera un coche de carrera con punta, toda redonda de frente y la parte trasera como algunos propulsores que al levantar vuelo pierden humo. Después, la otra luz, parecía que giraba como un plato volador; era como una bola de fuego que pasó raudamente. Como por la radio en ese entonces se empezaba a hablar de los extraterrestres, pensamos que pudo haber sido eso. Se hablaba de platos voladores.

"Lo observábamos desde el interior del auto, a través de la puerta, que se aflojaban siempre por lo grande que eran. Inclusive la misma cola del Farlaine 57 era, más o menos, a la del aparato, de los reactores del decolage. Se detuvo el auto primero, y al mirar a ver qué pasaba, vimos la luz, que estaba a un costado del coche, de mano izquierda. Aparentemente parecía que sí estaba posada en el suelo, porque ustedes saben cómo es el terreno acá en la Patagonia. No es una planicie, sino que pudo estar arriba de las matas, que existen de 0.80 m, o en un bajo del terreno. Al no descender del auto, no pudimos constatarlo. Fue por la vieja ruta 3, del lado izquierdo para quien va a la Patagonia" (n: Piedrabuena se halla a 249 km de Río Gallegos y a 35 m s/n mar).

Las figuras: "Se ven como caminando tres, ahí, como cabecitas. Se notaba que uno iba adelante y otro atrás, como un avión monomotor con un piloto adelante y dos atrás. Iban en el interior y en ningún momento los vi bajar, y vuelvo a decir que habían estado un minuto, uno y medio quizá.

"Se le veía manejar una palanca como sería un comando solo. Uno estaba con una cosa en el medio y miraba un tablero, no sé qué era. No podría precisar qué era. Vestían como aluminio, o sea, eso que sale en las películas. Tenían escafandras, como las que usan debajo del agua. La cabeza estaba herméticamente cubierta y de la cara no se veía nada. ¿Antenas?, no, no. Se veía en la cabeza como una pequeña antena en el medio de la misma, en cada uno, pero no sabía si eran antenas o el reflejo de la noche con la mata. Dos de los tres estaban parados; el de adelante parecía que tenía alguien fumando, algo manipuleaba, no sé; sería el despegue. Pero no escuché sonido alguno.

"Movimiento no vimos ninguno, solamente el de adelante que parecía mover una palanca, una palanca que no sabemos. Se veía que eran chicos, o se verían con un diminutivo que tendría el aparato que hacían verse así. Se veían chicos, ahora yo no sé si eran chicos o si eran grandes. No podía precisar, pero los observaba hasta la cintura, o un poquito menos. Como si estuviera sentado, puede ser también, ¿no?. Pero eso ya escapa... Tenía ganas de bajar, quería intentar ir hacia allá, pero mi compañero me dijo 'no, no vayas...'. Eso cuando había pasado recién, que nos quedamos sentados y esperamos, y habrá estado un segundo, cuando vimos a esos tres seres o extraterrestres, no sé qué, un minuto, minuto y medio. Capáz que nos acercamos y quedábamos petrificados o muertos".

Continúan viaje: "Nos quedamos sentados ahí y no sabíamos qué hacer. No conversé, no bajamos..., se paró el coche, nos quedamos sentados un rato, cabeceando a ver qué pasaba mientras mirábamos. Nos quedamos detenidos, y dijimos 'no, no debe ser nada..., no tiene nada que ver'; y después de unos quince minutos, fumar un cigarrillo, dijo 'voy a intentarlo', así que puse el coche en marcha, arrancó enseguida y salimos para Lemar

chand, donde paramos, tomamos un café. Estaba amaneciendo (n: el Sol salió a las 5,39). Miramos el auto, pensando que había fallado la batería, pero no, porque después anduvo bien. Había arrancado. No tenía nada del otro mundo. Sólo con el comentario de lo que vimos llegamos a Río Gallegos.

"Fue una noche un poco oscura, pero el cielo estaba claro. No recuerdo haber visto la Luna. Estaba algo fresco, pero hacía buen tiempo y se veía perfectamente. Eso es todo lo que he visto con un amigo mio, chapista de Trelew, llamado Antonio Fedrizzi, que venía viajando conmigo. Sé que vendió el taller y ahora tiene una chacra".

REFLEXIONES SOBRE EL CASO

La lectura de las dos únicas versiones permite advertir una coincidencia estructural de los relatos, con algunas discordancias. Cabe suponer que el testigo, Rodolfo Padín, ha mudado el recuerdo de esa inusitada experiencia, o bien, que hubo un error en la interpretación de las respuestas y la articulación de su discurso por parte de los investigadores. Es por eso que, nosotros, hemos preferido transcribir el relato (grabado) en palabras del propio testigo. Al menos, de los aspectos más salientes.

Entre los desacuerdos, mencionamos la distancia (de 70 m a 500-1500 m), la aminorada marcha del automóvil sin detenerse al abrupto paro, la duración del avistaje (de 20 min a 1 o 2), la cinética del objeto (estaba posado sin moverse a observar su descenso y elevación) y el momento en que ve una pequeña luz (después a antes de ver al portento).

No es tarea fácil determinar cuál es la verdad, pero si ambas encuestas recogieron fielmente el testimonio de Padín, las diferencias nos muestran la acción de la fantasía que opera ante los eventuales olvidos. En otras palabras, no se trata de 'no recordar', sino, en fabular los hechos aparentemente olvidados, reconstruyéndolos en una trama congruente a las partes recordadas.

Asimismo, la reencuesta logró conocer otros pormenores del caso y corregir algunas inexactitudes de la primera, por ejemplo, la edad del testigo, o la "hermosa luz de Luna" que procedía al avistamiento (según Pagani), difícilmente apreciable porque estaba oculta. A pesar de todo, creemos que aquel informe se adecua más a cómo habrían ocurrido los acontecimientos, conforme a la percepción de Padín.

En cuanto al "acompañante ocasional" y subsecuente "amigo", el chapista Antonio Fedrizzi, aún no ha sido posible localizarlo para confrontar los testimonios.

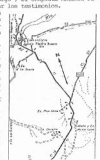
Así las cosas, resulta al momento difícil realizar una concienzuda evaluación sobre la base de las disparidades halladas en las versiones provenientes de un mismo testigo. De ahí que la reinvestigación es útil en la medida en que pueda ser confrontada con otras.

El testigo principal nos impresiona como un sujeto inquieto, emprendedor e imaginativo, susceptible de adjudicarle al ovni más cualidades de las que sería posible notar a la distancia (antenas, tablero, cristal reductor de imágenes, etc.). Nos inclinamos a creer que Padín ha visto realmente algo, pero cuyo relato podría estar teñido de ciertos aditamentos personales ligados a sus intereses y, en la entrevista, manifiesta cierta preocupación por satisfacer las expectativas de su interlocutor, lo que podría haber incidido en sus respuestas.

Un examen de los datos astronómicos, de las 3,20 horas, de aquel jueves 22 de noviembre, nos ofrece la posibilidad de establecer cierto parangón.

La Luna se hallaba en su 25a. fase decreciente, con una fracción iluminada del 21%, su declinación 1°48'29" y la ascensión recta de 12 h 25 min. La altitud era de -0.87° y el azimut de 87 grados (f: C. Demaría).

Se advierte aquí, que la posición de la Luna coincide



exactamente con la del supuesto ovni. Allí donde asomaba, al Este y próximo a la línea del horizonte, un objeto semicircular, "como un huevo cortado al medio", luminoso, y unas figuras enanas bajo esa "cúpula como de cristal".

Aún con alguna insuficiencia de datos relativos al caso, esta coincidencia resulta muy sospechosa al momento de expedirse sobre la naturaleza del fenómeno registrado en la localidad patagónica de Monte León. Inclusive, con algún grado de probabilidad, todo lo anterior respalda la suposición que se trata del astro lunar con un singular aspecto.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

(1) La Razón, Buenos Aires, 8 agosto 1962
(2) rev. Atlántida, Buenos Aires, agosto 1965, p.97
(3) La Razón, Buenos Aires, 9 julio 1965
(4) ibid., 10 julio 1965, p.1
(5) ibid., 27 abril 1967, p.8; et. al.

EL DÍA, La Plata, 2 enero 1966, p. 2

EL ENIGMA DE LOS OVNI

CASO VI: MONTE LEON. Hace algunos años, en Santa Cruz, se hizo una singular observación

Por OMAR R. PAGANI



El dibujo interpreta el suceso ocurrido en Monte León y la ubicación de los protagonistas y del misterioso OVNI.

NOTA

Esta publicación seriada es de distribución gratuita. Sólo se recibe en canje.

Los Identificados está exclusivamente sostenida por el esfuerzo personal de quien lo escribe, sobre la base de las investigaciones practicadas con vista al esclarecimiento de los informes reportados.

Por tales motivos, se agradece el envío de publicaciones similares, así como informes de prensa (locales y extranjeros) y de investigación, especialmente, referidos a la casuística argentina de ovnis con ocupantes, ocurrida en fecha reciente o tiempo atrás; incluida la de aquellos artículos que vienen publicándose en estas páginas.

De todas formas, cualquier otro material que se estime de interés enviar, será bien recibido.

Dr. Roberto Banchs
Casilla de Correos 9 - suc. 26
CP 1426 - Buenos Aires,
Argentina.

MENDOZA, Mza.: LOS PIROGRABADORES ERAN DE GANÍMEDES

Tras la completa revisión del caso Villegas-Peccinetti (31/8/68) realizada por el Dr. Roberto Banchs (ver Los Identificados VII, CEFAI, Buenos Aires, 1994), era previsible suponer que quedaba poco más por agregar. Sin embargo, luego de confrontar aquel informe con los apuntes que preparé en marzo de 1994 (antes de leer el trabajo de Banchs), descubrí que había varios aportes nuevos, que justificaban su publicación. Si bien algunos puntos entran en leve conflicto con el informe citado (sobre todo las interpretaciones del juez Marzari Céspedes), pensé que era preferible dejar mi texto tal como estaba para que el lector forme su propio juicio acerca de cómo —por caminos independientes— se puede llegar a conclusiones parecidas, y que si no lo son pueden complementarse. El único añadido se remonta a julio de 1994, y se refiere a las averiguaciones que hice a través de un vocero de Silo, quien reconoció que la hermana de Peccinetti habría pertenecido a su grupo "Kronos".

De este informe me interesa destacar los siguientes puntos clave: 1) Ningún ufólogo de la época se tomó el trabajo de confirmar las pruebas recogidas por el juez Jorge Marzari Céspedes ni obtener su versión del caso de primera mano (seguramente porque era "escéptico"). 2) El único que presentó objeciones a la pericia judicial (el Dr. Ignacio Correa Llanos) no era un abogado independiente sino un ufólogo creyente en los extraterrestre. 3) El hallazgo de un pirograbador eléctrico (que la policía habría usado nuevamente en el auto para comparar ambos tipos de trazo) y un termómetro roto en la casa de Juan Carlos Peccinetti y que la detención del reloj de éste habría sido provocada por una gotita de parafina en la perilla. 4) El posible vínculo de la historia de Villegas-Peccinetti con otra que protagonizó José Paulino Nuñez (Destilería YPF, Luján de Cuyo, 30/6/68). Enrique Serdoch (en su momento vocero del testigo) dice que el padre de Peccinetti era empleado de la destilería; supone que el relato de Nuñez pudo llegar por esta vía a sus oídos, de donde pudo tomar la idea para construir el caso. (Hay que recordar que si bien el caso Nuñez se difundió después que el Villegas-Peccinetti, aquel habría ocurrido un mes antes.)

Ninguno de estos aportes, sin embargo, me parece más relevante que la "visión del contexto" proporcionada por Banchs, que documenta el clima de incertidumbre que se apoderó de Mendoza a raíz de las versiones de explosiones nucleares en el Pacífico poco antes de que se conocieran los casos Villegas-Peccinetti y Nuñez: ambos "encuentros cercanos" reflejaban un mensaje de contenido profético - pacifista respecto de la ecología del planeta, y me pareció interesante redescubrir que en la mitología de los extraterrestres esta preocupación no sólo es patrimonio del movimiento contactista sino que también se ha manifestado en muchas otras expresiones del folklore ufológico.

INTRODUCCIÓN

En febrero de este año pasé una semana de mis vacaciones en Mendoza; los días eran tristes y grises y por descarte decidí que serían ufológicas. No se me ocurrió nada mejor que retomar el caso de "los empleados del casino". Empecé mi modesta re-encuesta llamando —sin éxito— a los pocos Villegas y Peccinetti (en adelante, V y P) que figuraban en la guía telefónica. Luego traté de localizar al juez que se había interesado en el caso, el Dr. Jorge Marzari Céspedes. Su número figuraba en el directorio y cuando llamé estaba al lado del teléfono. Durante el primer minuto de conversación las sorpresas fueron recíprocas. El primero en sorprenderse fue él —no todos los días recibe el llamado de alguien preguntándole por un suceso ocurrido hace nada menos que 26 años— y el segundo en sorprenderse fui yo: me dijo que era la primera vez, después de las entrevistas que dio a las revistas **Gente** y **2001** en 1968, que alguien le consultaba su opinión sobre el resonante caso. Mendoza, dijo, no era el lugar adecuado para encontrar a la famosa dupla —"hace años que se les perdió el rastro"—, y manifestó que no tenía ningún problema en encontrarnos para rememorar la cuestión. Quedamos en vernos la mañana del 8 de febrero en el Palacio de Justicia.

Marzari Céspedes (67) actualmente preside la Cámara 1º del Crimen y tiene una memoria impresionante. De entrada, me espetó que desde el principio había vislumbrado que el famoso episodio había sido un fraude. El juez sigue convencido de que el montaje fue urdido por Juan Carlos Peccinetti (acaso contando con la complicidad de otras

compañeros del casino) con el fin de gastarle una broma a Fernando Villegas, "que era un tipo fantasioso, crédulo y sugestionable". El "retrato de época" que Marzari guarda de V y P es que "Villegas estaba asustado, era la viva imagen del pusilánime. Peccinetti, en cambio, era una persona tranquila y dominante, con pasta de líder. Los compañeros de trabajo de Villegas también me dijeron que era un tipo muy impresionable, muy asustadizo".

Como se recordará, las crónicas de aquel tiempo señalaban que V y P "llegaron alarmados" al puesto de guardia del Liceo Militar General Espejo, a escasos 100 ó 200 metros del lugar del supuesto hecho. Marzari asegura que, según supo a través del conscripto de guardia, "Villegas llegó al lugar "medio minuto antes" que Peccinetti. "Esto explicaría el nerviosismo del primero —que parecía real, causado por un susto real— y la actitud más serena del segundo. Si mi hipótesis fue la correcta, ahí fue cuando a Peccinetti se escapó la broma de las manos y después no le quedó más remedio que defender a ultranza la veracidad de los hechos". También se dijo que en el Liceo Militar hubo testigos. El juez lo descarta: señala que durante su pesquisa habló con el personal de guardia y que nadie había visto ni escuchado nada.

Marzari visitó el baldío de la sexta sección, situado entre las calles Jorge Newbery, Boulogne Sur Mer y Neuquén, el domingo 1º de setiembre de 1968, al día siguiente de la supuesta experiencia. "Allí se había reunido un tumulto impresionante, el clima era de verdadera histeria popular —recuerda—; era una romería, y eso me hizo pensar en la importancia sociológica que revestía el incidente" (1). Durante nuestra charla, insistió en todo momento en que había actuado de oficio, movido por curiosidad, y que no lo guiaba otro interés que no fuera "descubrir la verdad, averiguar cuál era el trasfondo de la historia".

La primera objeción que se presentó contra la pericia que condujo el juez Marzari la hizo el Dr. Ignacio Correa Llanos, cuando denunció que durante el interrogatorio había sometido a "presiones psicológicas" a los protagonistas del hecho. El juez respondió a esas acusaciones señalando que "el abogado Correa Llanos se metió en el caso de prepo, había asumido su defensa como cosa personal, porque él creía fervientemente en los extraterrestres. Yo sentía por él un gran aprecio y respeto, pero si a él cualquiera le decía que en tal día en tal lugar se verían luces raras, era capaz de pasarse toda una noche en vela, en medio del campo, esperando a que aparezcan". Después de todo, nada que no estuviera dispuesto a hacer un buen ufólogo.

En un diario local de la época, se mencionaba que Correa Llanos presidía el Centro de Investigaciones Espaciales de Mendoza (CIEM), grupo ufológico al que también pertenecían Victorio Corradi (vicepresidente), José Gómez Miralles y Luis Preceruti. El CIEM fue el primero en relacionar el caso de los empleados del casino con la observación de otros fenómenos extraños en la zona y en interpretar como un posible mensaje extraterrestre las inscripciones que aparecieron en la puerta y en el estribo del viejo automóvil (2).

El juez evocó algunos episodios que en su momento no fueron registrados en los periódicos y que —probablemente— tampoco constan en el legajo, que según recordó estaba caratulado "Fiscal contra Dr. Alberto Curry - NN por lesiones leves". (El Dr. Curry era el juez competente en la causa).

"Pudimos realizar sendos allanamientos en los domicilios de V y P porque las punciones que ambos tenían en los dedos así lo justificaban. En realidad, rotulamos así el caso para poder introducir a la Justicia. En el piso del automóvil fueron hallados restos de mercurio, vidrio y polvo de azufre. Y bien: en la casa de Peccinetti encontramos un termómetro roto (de donde pudo salir el mercurio) y azufre en polvo, igual al que había en el auto. Pero los hallazgos más importantes fueron un pirograbador eléctrico, semejante al que se debió utilizar para realizar los gráficos en la puerta y el estribo del auto, y un libro escrito en alemán o en inglés, ya no recuerdo si esotérico o de geografía, donde había un diseño similar al que apareció en la puerta."

"Recuerdo que para hacer la pericia hubo que vencer muchas dificultades —continúa. "El viernes 6 de noviembre, por ejemplo, se llevaron la puerta a Buenos Aires, ya que la iban a mostrar en el programa 'Sábados Circulares', que conducía Nicolás 'Pipo' Mancera. Me parece que la Aeronáutica luego se quedó con esa puerta. De todos modos, uno de los peritos (era excelente, pero ya no recuerdo si se llamaba Calomarde o Roberts) usó el pirograbador que se encontró en la casa de Peccinetti para hacer una serie de dibujos en la misma puerta. Cuando la policía científica nos llamó para la demostración pudimos ver con una lupa que los rebordes como apergaminados de la pintura quemada eran idénticos a las muescas que supuestamente hicieron los extraterrestres."

"El último detalle de importancia que recuerdo —prosigue— fue lo que pasó con el reloj de Peccinetti [que se habría detenido a las 3.42 horas del sábado 31 de agosto]. Fue examinado por tres relojeros, y los tres coincidieron que la detención había sido provocada por una gotita de parafina en la perilla."

Marzari confía en su memoria, pero reconoce que el valor de estos datos es circunstancial, en la medida de que probablemente buena parte de ellos no están documentados en el expediente. La pregunta obvia fue: "¿Y por qué no quedaron asentadas?" El juez respondió: "Ya no hubo interés en seguir con el caso"*.

El juez Marzari no tiene noticias frescas de V y P. De Villegas sólo dijo que "poco tiempo después de difundido el caso se le perdió el rastro". De Peccinetti, en cambio, pudo seguir su evolución durante seis o siete años más: "Peccinetti tuvo aquí dos condenas por estafa, y creo que se lo acusó por estafar a gente amiga. En 1974 ó 1975, hubo un pedido de extradición del gobierno de Pinochet por homicidio. Como buscaban por el mismo hecho a Pedro 'Pocho' Correa, un amigo personal, interpuse un habeas corpus por ambos. Pero la policía chilena entró al país, lo capturó ilegalmente y fue entregado a los carabineros. Peccinetti permaneció detenido en Chile durante varios años, con una condena a muerte en suspenso. Tengo entendido que pertenecía a una organización guerrillera y que tiempo después consiguió fugarse de la cárcel. Suponga que hoy debe seguir viviendo en Chile".**

¿REVELACIÓN O INSPIRACIÓN?

El lunes 2 de setiembre, **Los Andes** divulgaba por primera vez el testimonio del técnico químico Enrique Serdoch, el encargado de dar a conocer el relato de José Paulino Nuñez, ambos empleados de la Destilería YPF de Luján de Cuyo.

El 30 de junio (un mes antes del caso de V y P), Nuñez había protagonizado una historia prácticamente idéntica: contó que pasada la medianoche de ese día, mientras bajaba de un tanque de Fuel-Oil, estando a unos 4 metros del suelo, alcanzó a divisar dos personas.

> "En castellano, escuché lo siguiente: '¿Los conoce? ¿Los conoce?' (...) Vi una luz que partía de un artefacto luminoso, pero mi atención se situó en quienes me hablaban. Estaba tranquilo, no sentía miedo. Los seres eran bajos, con las cabezas más grandes que las nuestras. Su vestimenta era como la de los buzos y les cubría hasta la cabeza. Tenían una pantalla en la mano, que les tapaba el tórax, pero pude ver bien el resto del cuerpo. Esa pantalla era circular, como hueca, y tenía algo al lado, como si fuera un aparato o cables. Ellos me señalaban el interior con la mano, mientras seguía escuchando aquella extraña voz. Y allí, en ese televisor —con figuras en relieve— vi algo. Primero alcancé a ver una escena típica de cualquier ciudad, pero sin edificios, iban hombres y mujeres por la calle. En ese momento la voz me dijo: 'Muchos de ellos eran ustedes, muchos más serán como ellos, mucha gente en el mundo verá (o dirá) lo mismo que ustedes, de esto volveremos a hablar...'" (3).

El 10 de febrero me comuniqué telefónicamente con el técnico químico Enrique Serdoch, el empleado de YPF que en aquel momento hizo las veces de "vocero" de José P. Nuñez. Serdoch me explicó que Nuñez por entonces no tuvo el menor interés en difundir lo que le había ocurrido y que, al contrario, le pidió a sus compañeros que lo mantuvieran en secreto.

"Yo nunca tuve motivos para dudar de la buena fe de Nuñez. Él decía la verdad, seguro que no mentía. Algunas

---

* Al llegar a este punto se impone aclarar que no fue posible acceder al legajo, que según Marzari se archiva en la 2ª Fiscalía Correccional. La causa sólo puede ser consultada por un abogado y lamentablemente no tuve el tiempo ni los contactos como para conseguir un abogado voluntario. El juez recomendó con especial énfasis revisar la pericia psicológica efectuada por la Lic. Nidia Teresa Suárez. En caso de no hallarse añadida al expediente, no descarta que se encuentre una copia en el Cuerpo Médico Forense de la Policía.

** Marzari no recordó que la historia policial en la que Peccinetti se vio involucrado un año después eran más graves y habían sido publicadas en al menos dos diarios locales, tal como informa Banchs en **Los Identificados VI**.

dijeron que era 'una de sus payasadas' porque siempre fue una persona muy alegre, muy chacotero, muy locuaz. Además, como solía andar solo por toda la planta, probablemente se aburría un poco. Pero yo le creí, y me autorizó a contactarme con los periodistas porque nos llamó poderosamente la atención las coincidencias que había entre lo que él había vivido y lo que contaban los empleados del Casino. **Recuerde que en aquellos tiempos flotaba en el aire la idea de que se venía una revelación.** ¡Imagínese cuando supimos que el caso de Villegas y Peccinetti había sido una broma! Incluso relacionamos esto con un dato muy curioso: en la Destilería trabajaba el padre de Peccinetti, y estoy seguro que él ya había oído hablar del caso de Nuñez. Se me ocurre que él pudo haber comentado la historia de nuestro compañero en su casa, y de ahí su hijo tomó la idea para inventar su historia. Nuñez se arrepintió toda la vida de haberme permitido que difundiera todo porque los periodistas estuvieron a punto de volverlo loco."

La versión según la cual Juan Carlos Peccinetti pertenecía a Kronos, una organización vinculada al floreciente siloísmo trascendió el mismo día en que ocurrió el caso, y así lo reflejó **Los Andes** en su crónica del domingo 1° de setiembre, junto con la correspondiente desmentida de Peccinetti. El juez Marzari Céspedes —mencionado como promotor de esos rumores— desmintió haber adherido a ese tipo de interpretaciones y ahora dice que no recuerda haber encontrado ninguna evidencia que los fundamente.

En julio de 1994 intenté entrevistarme con Mario Rodríguez Cobos, más conocido como Silo. Pero el encuentro fue postergado. Le expliqué el motivo de mi interés al jefe de prensa del Movimiento Humanista, Isaías Nobel, y le hizo llegar las siguientes preguntas: "¿Recuerda el caso de los empleados del casino? ¿Peccinetti estaba relacionado con su grupo? ¿Usted estuvo de algún modo implicado en el caso?".

"¿Y qué tengo que ver yo con esos cacharros cósmicos", dice Nobel que fue su primera reacción. El integrante del Movimiento dijo que Silo recordó —aunque vagamente— los detalles generales del caso. Y le explicó que la prensa los había involucrado con aquella historia porque la hermana de Peccinetti pertenecía a un grupo siloísta. Juan Carlos, sin embargo, no estaba relacionado directamente con éste. Le manifesté a Nobel que no entendía por qué se extrañaban de que se los relacionara con el tema (ellos mismos titularon "OVNI" al boletín que editaban por entonces), y me explicó que le pusieron ese nombre porque las ideas que proponían eran "tan raras como los ovnis. Pero sólo por esa razón". Si bien estos datos son algo fragmentarios e indirectos, arrojan algunos indicios preliminares que sería deseable profundizar en una encuesta posterior.

CONCLUSIÓN PERSONAL

Tengo la impresión de que, si se puede hablar de "sesgo" en la forma en que encaró el asunto el juez Marzari, éste corresponde al hecho de que él, acaso por el rol que desempeñaba, "necesitaba" resolver el caso encontrando una víctima y un victimario. Desde el principio subestimó la capacidad de Villegas para ser copartícipe del fraude. En realidad, los elementos de juicio en que se basa para señalar a Peccinetti son los mismos que se requieren para atribuirle una mayor responsabilidad (acaso la intelectual) en la gestación del fraude.

Sin embargo, a la hora de ponderar la presunta "inocencia" de Villegas, las observaciones de Marzari sobre lo endeble de su personalidad no parecen tan importantes como el hecho de que él haya sido el primero en llegar a la guardia del Liceo Militar. Al contrario, la única conjetura verosímil para considerar que Villegas fue la "víctima" de una broma se apoya en el supuesto de que Villegas pudo sufrir un "desborde" que primero lo hizo correr el portón del Liceo y luego al Hospital Lagomaggiore, circunstancias ambas que motivaron la intervención de las autoridades y del periodismo. Con todo, no es aquí donde descansa el mayor peso de la evidencia.

Se me ocurre que es bastante improbable que Peccinetti, con o sin ayuda, haya montado toda una escenografía con el solo fin de hacerle pegar un susto a su compañero de trabajo. Según Marzari, cuando entrevistó a Villegas, éste "no se acordaba nada". En parte, esta afirmación es desmentida por la prensa de la época, que incluye el relato de ambos y cuando le toca el turno a Villegas, éste no escatima detalles.

Hay otros dos detalles a tener en cuenta, que a mi juicio bastan para que el rótulo del caso esté más cerca del fraude compartido que una broma de Juan Carlos Peccinetti a Fernando Villegas:

1) El automóvil (un viejo Chevrolet modelo 1929 con motor Whippet) era propiedad de Villegas, y esa noche el conductor también era él. La confección de las inscripciones debieron llevar cierto tiempo. En sus diferentes relatos,

Villegas no menciona una situación de distracción suficientemente prolongada como para que Peccinetti o sus eventuales cómplices trabajen cómodamente (con el pirograbador eléctrico o lo que fuere), sin ser descubiertos.

2) Los empleados del casino presentaron tres punciones en la yema de los dedos. Por mayor que haya sido el "cuadro de excitación psicomatriz", parece difícil que alguien puedo infligir esas heridas sin que el dañado advierta la identidad del causante.

***

Para terminar, quisiera decir que el caso de Villegas y Peccinetti siempre ejerció en mí una extraña fascinación. Fue una de las noticias sobre ovnis que causó mayor impacto en los medios de difusión en 1968 y recuerdo que, varios años después, cuando leí la historia por primera vez, los meniscos me temblaron de emoción.

En febrero de 1994 visité con el investigador español Ignacio Cabria el escenario de la fantástica aventura. Seguimos el zigzagueante itinerario sugerido por Roberto Banchs en su libro y estacionamos en la esquina de Jorge Newbery y Neuquén (4). En la zona ahora hay chalets modernos y las calles están pavimentadas. La gente recuerda lejanamente el hecho. No encontramos vecinos antiguos que pudieran aportar alguna anécdota sabrosa. La nueva edificación ahora tapa un poco el frente del Liceo Militar General Espejo, cuyo perímetro dista a escasos cincuenta metros del lugar donde V y P dijeron que se les detuvo el vehículo. Pensamos a dúo: "¿Cómo pudimos tomar en serio que unos 'et' se iban a posar a escasos metros de un predio militar sin levantar la perdiz?".

Me volvieron a temblar los meniscos. Pero los motivos, obviamente, ya eran otros. Porque haber creído alguna vez que viajeros extraterrestres aterrizaron en un baldío de barrio para dibujar unos garabatos rupestres en la carrocería de un automóvil, es más o menos como si les pidiera que me creyeran que recién salí a escribir "Lavame sucio" aprovechando la mugre que cubría la pulida superficie del platillo que acaba de descender en la terraza de mi departamento.

Alejandro Agostinelli

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

1) El 31 de agosto, la noticia ya se había publicado en la 6ª edición del diario nacional **La Razón** ("Extraña Historia de un Presunto Plato Volador en Mendoza"). El 1º de setiembre se volvió a publicar en **La Razón** ("Desconcierta a los Mendocinos la Presunta Comunicación de Extraños Seres con 2 Empleados del Casino"), y comenzaron a tratar el tema los diarios **Crónica** ("Mendoza: 5 Enanos Bajan de un 'Plato' y Dejan Extraños Signos. 'VIENEN DE GANIMEDES, VIA MARTE'; SU TERCERA VISITA."), y el local **Los Andes** ("DOS HOMBRES COINCIDEN EN QUE HABLARON CON EXTRAÑOS SERES QUE BAJARON DE UN 'PLATILLO'").

2) Los directivos del CIEM arriesgaron las primeras conjeturas cuando todavía no habían pasado 48 horas de producido el caso: "Quizá traten de decirnos que Ganímedes es su lugar de origen o su escala para llegar a la Tierra desde lejanas Galaxias" (Los Andes, 2/9/68).

3) Rev. **Gente y la actualidad**, Buenos Aires, Nº 164, 12 de setiembre de 1968, pp. 10-12. Citado por Banchs en "Los ovnis y sus ocupantes", Ed. Tres Tiempos, Buenos Aires, 1980, pp. 83-86.

4) Banchs, Roberto; Op. cit.: pp. 87.